

# APÓCRIFOS IRREVERENTES IV

**José Carlos Canalda**



# ÍNDICE

<b>PRESENTACIÓN</b>	<b>2</b>
<b>I. APÓCRIFOS LITERARIOS</b>	<b>3</b>
MORDOR	4
LA METAMORFOSIS	5
EL QUE ACECHA EN LA OSCURIDAD	6
CREACIÓN INCOMPLETA	7
COMIDA BASURA	8
EL CORREO CORRIDO	9
LA AVENTURA DE LOS MOLINOS	10
VIAJE ¿AL CENTRO? DE LA TIERRA	13
EL RETRATO DE DAMIÁN GRIS	17
GULLIVER EN EL PAÍS DE LOS PITUFOS	23
VARIACIONES SOBRE UN TEMA DE KAFKA	26
CON RENFE YA HABRÍA LLEGADO	27
SI BEBES...	28
LA VUELTA AL MUNDO EN OCHENTA DÍAS... Y PICO	35
PROBLEMA INSOLUBLE	37
CURRICULUM ADECUADO	38
MUTACIÓN INDESEADA	40
LA VERDADERA HISTORIA DEL QUIJOTE	43
ROMEO Y JULIETO	44
<b>II. APÓCRIFOS DE CIENCIA FICCIÓN</b>	<b>45</b>
PRIMERA LEY	46
CONAN EL EXTERMINADOR	47
PLAFMAN	48
MACHISMO	50
SUPERINFRACTOR	51
SUPERGERIÁTRICO	53
LA PRIMERA MÁQUINA DEL TIEMPO... Y LA ÚLTIMA	56
EL CHAFADO HOMBRE MENGUANTE	58
EL MONOLITO	59
LOS ¿NUEVOS? BRUJOS	60
CUESTIÓN DE PRIORIDADES	62
ENÉSIMA FUNDACIÓN	68
UN FACTOR IMPREVISTO	74
EL HOMBRE INVISIBLE... DE VEZ EN CUANDO	77
LA VERDADERA HISTORIA DE 2001, UNA ODISEA DEL ESPACIO	78
INCONVENIENTES DE LA INVISIBILIDAD	82

## PRESENTACIÓN

Tal como su nombre indica estos cuentos son versiones apócrifas, cuando no descaradamente parodias, de relatos clásicos -o no tan clásicos, pero sí conocidos- y a la vez irreverentes, es decir, muy poco o nada ortodoxas, habiendo intentado, eso sí, no dejar títere con cabeza.

He de reconocer que pocas veces me he divertido tanto como escribiendo estas gamberradas, aunque es probable, eso sí, que algún celoso guardián de la prístina pureza de los relatos pudiera pedir que me llevaran a patíbulo por ello... allá él, es evidente que hay que leerlos con ánimo de echar una carcajada o, por lo menos, una sonrisa. Si es así, habré conseguido lo que buscaba.

Los relatos, dada su heterogeneidad, están agrupados por series, aunque en las ocasiones en que algunos de los relatos podrían encajar en dos apartados, como es el caso de los de ciencia ficción o los literarios con los cinematográficos, he optado por elegir la versión original, lo que hace que los dedicados a Frankenstein o Drácula estén clasificados entre los literarios, mientras que aquellos en los que las “víctimas” son King Kong, Godzilla o los protagonistas de *La guerra de las galaxias* lo han sido entre los cinematográficos. Asimismo bastantes de estos relatos entrarían perfectamente en la categoría de los ultracortos, pero debido a su temática específica he preferido recogerlos aquí.

Dada su extensión, para una mayor comodidad de lectura los he dividido en cinco volúmenes. Los correspondientes a este cuarto volumen son los siguientes: Apócrifos literarios y Apócrifos de ciencia ficción. Dentro de cada sección he organizado los relatos en orden cronológico, conforme fueron escritos.

Y eso es todo. Espero que se diviertan.

*José Carlos Canalda*

## **I. APÓCRIFOS LITERARIOS**

## **MORDOR**

-Siempre nos quedará Mordor. -dijo filosóficamente Sauron mientras cogía del hombro a Gollum. Era el inicio de una gran amistad.

## LA METAMORFOSIS

Al despertar una mañana Gregorio Samsa, tras un sueño intranquilo, encontr se en su lecho metamorfoseado en un ser humano.

Cuando su familia descubrió aterrada el monstruo en el que se había convertido, intentaron ocultar su desgracia encerrándolo en su propia cámara para impedir que pudiera ser visto por los demás habitantes del vasto hormiguero.

Meses después su repentina muerte vendría a liberarlos de tan terrible maldición.

## EL QUE ACECHA EN LA OSCURIDAD

Aterrado, Randolph Carter retrocedió de espaldas hasta que su cuerpo tropezó con la sólida pared de roca que le impedía la huida. Estaba atrapado. Frente a él, bloqueando el único camino posible hacia la salvación, se erguía el horror llegado de las dimensiones infernales que él, en su insolente imprudencia, había osado invocar sin calibrar las atroces consecuencias de tan irreflexivo acto.

Pero ya era demasiado tarde para los arrepentimientos; la suerte estaba definitivamente echada. El monstruoso Cthultu se aproximaba a su indefensa víctima sin prisa alguna, regodeándose en su ineluctable victoria. El frágil humano, sin posibilidad alguna de fuga, era presa segura.

Y entonces, cuando apenas un metro de distancia separaba a tan dispares habitantes de sendos mundos antagónicos, las sobrecogedoras fauces del engendro del Más Allá, toda una sinfonía de colmillos aguzados como cuchillos, se abrieron en toda su magnitud exhalando la espantosa fetidez de su putrefacto aliento, al tiempo que una voz cavernosa surgida de las profundidades de la inhumana garganta retumbaba una y otra vez en las anfractuosidades de la tortuosa cueva:

-¡Hermano! La Verdad está en la Biblia.

Graznaba la aparición al tiempo que en uno de sus múltiples tentáculos esgrimía, con una delicadeza insospechada en un apéndice erizado de tan afiladas púas, el ejemplar de una revista de temática religiosa. Pero Randolph Carter jamás llegaría a recibir el mensaje puesto que su debilitado corazón, incapaz de soportar tamañas emociones, se había quebrado para siempre.

-“Vaya”. -se dijo para sí, aturdido, el abominable Cthultu- *“Si al final van a tener razón los que insisten en convencerme para que cambie de estrategia... porque por más que lo intento, no consigo predicar la Verdad a ningún humano vivo...”*

Y abandonando a su suerte al convulso cadáver, se retiró despechado a su inaccesible cubil. Una vez más tendría que intentarlo de nuevo...

## CREACIÓN INCOMPLETA

-¡Maldito! ¿Por qué me hiciste eso?

La criatura tenía aferrado a su creador por el cuello, amenazando estrangularlo con sus poderosas manos. Pero no era ésta su intención; por mucho que odiara a su indefensa víctima, todavía le necesitaba vivo.

-Yo... yo... -jadeó trabajosamente Víctor Frankenstein luchando por llevar aire a sus doloridos pulmones- Yo nunca pensé que eso fuera necesario...

-¡Pues ya lo ves que sí lo era! -rugió el deforme coloso- ¡Lo quiero, y lo quiero ya!

Temiendo que su incontrolada fuerza pudiera causarle daños irreversibles, el monstruo soltó al exánime doctor Frankenstein, que resbaló por la pared hasta quedar sentado en el suelo. Tras comprobar que respiraba, amenazó:

-Volveré dentro de tres días, y ¡ay de ti si no lo tienes preparado! Recuerda, sólo tres días.

Y abandonó el destrozado laboratorio, dejando al maltrecho émulo de Prometeo a solas con sus propios pensamientos.

-¿Dónde coño encuentro yo, de aquí a tres días, unos testículos frescos? -se preguntaba con preocupación.



## COMIDA BASURA

-Señor conde, lamento decirle que se está destrozando el hígado. -la expresión del médico no podía ser más adusta- Como siga empeñado en no cambiar a una dieta más saludable, le aseguro que acabará teniendo serios problemas de salud.

-¿Y qué quiere usted que haga? -gimió el pálido aristócrata- Lo que me pide no es nada fácil en estos tiempos que corren... ¿Sabe usted el trabajo que cuesta hoy en día conseguir comida sana?

-Bien, -condescendió el galeno- reconozco que no le falta razón en lo que dice, pero de todos modos debería esforzarse por intentarlo. Por muy sencillo que le resulte capturarlos, la sangre de los borrachos con la que usted se viene alimentando desde hace tiempo le está matando poco a poco... el alcohol es un veneno muy efectivo, y sus efectos son además acumulativos.

-No creo que la muerte sea precisamente una de mis preocupaciones. -ironizó el noble transilvano- Pero si me apura es todavía peor, porque no soy en modo alguno inmune a los dolores y éstos se están haciendo cada vez más intensos.

-En fin, señor Drácula, la solución está exclusivamente en sus manos. -suspiró su interlocutor- Yo no puedo hacer más de lo que ya he hecho.

-Pues lo veo difícil, porque por la noche no hay quien encuentre ya a nadie razonablemente sobrio... todavía me veo a dieta de hemoderivados de bote. -remachó haciendo un gesto de repugnancia- Pero en fin, en lo que hay. De todos modos, le estoy muy agradecido por sus consejos, y le aseguro que haré todo lo posible por seguirlos. Buenas noches, doctor.

Instantes después la sombría silueta de un murciélago se perfilaba sobre el luminoso disco de la luna llena antes de sumirse en la estigia oscuridad nocturna.

## EL CORREO CORRIDO

Miguel Strogoff, el intrépido correo del zar, se había visto obligado a afrontar penalidades sin cuento durante el desempeño de la arriesgada misión que le había sido encomendada por el propio monarca, estando a punto de perder la vista, e incluso la vida en varias ocasiones.

Tras atravesar Siberia luchando contra la inclemente meteorología, la indómita orografía, las bestias salvajes y los crueles tártaros que, sublevados contra la hegemonía occidental, sembraban el caos y la destrucción en los vastos dominios asiáticos del Señor de Todas las Rusias, contra todo pronóstico Miguel Strogoff logró alcanzar finalmente su destino, la ciudad de Irkutsk, donde el Gran Duque, hermano del zar, resistía el feroz asedio al que la tenían sometida las hordas enemigas.

Cuando, minado por las privaciones, pero satisfecho por haber podido cumplir satisfactoriamente su misión, el correo del zar entregó en propia mano la importante misiva al Gran Duque, éste le acogió con extrema amabilidad, recriminándole paternalmente:

-Te agradezco infinito tu inquebrantable lealtad y los sacrificios que te has visto obligado a sufrir en el desempeño de tu tarea, mi querido Miguel, pero ¿para qué te tomaste tantas molestias? Mi hermano ya me había informado hace días por correo electrónico...

## LA AVENTURA DE LOS MOLINOS

-¿Ves ahí, querido Sancho, treinta o cuarenta poderosos robots con los que quiero hacer batalla para lograr gloria y honor?

-¿Qué robots? -preguntó, perplejo, Sancho Panza.

-Aquellos que allí ves, famosos por mil combates; no falta entre ellos quien venciera a los borgs, a los sith, a los cylones e incluso a los poderosos sadritas. ¡Ah, pero yo venceré a todos y arrojaré sus despojos a los pies de la simpár Dulcinea!

-Mire vuesa merced que aquellos que allí se parecen no son robots sino molinos eólicos, también llamados por algunos aerogeneradores, y que no fueron construidos para ganar batallas a esos tipos raros que usted ha nombrado sino para generar energía eléctrica, según tengo entendido.

-Bien parece -respondió don Quijote aprestando sus armas- que no estás cursado en negocios de aventuras; ellos son robots, y si tienes miedo, apártate y ponte en oración en el espacio que yo voy a entrar con ellos en fiera y desigual batalla.

Y en diciendo esto y encomendándose de todo corazón a su señora Dulcinea, dio de espuelas a su caballo Rocinante sin atender las voces de su escudero, arremetiendo a todo galope contra los indiferentes aerogeneradores, al tiempo que exclamaba a gritos:

-¡Non fuyades, cobardes y viles criaturas, que un solo caballero es el que os acomete!

Estaba ya cercano al primero de esos artilugios, cuando una figura surgió del abrigo de un arbusto tras el cual había estado cobijada, gritando con voz estentórea:

-¡Alto! ¡Alto a la autoridad!

Se trataba del cabo Peláez, comandante del puesto de la Guardia Civil del cercano pueblo, al cual las órdenes recibidas le habían fastidiado su cotidiana partidita de mus con el boticario, el médico y el maestro obligándole a soportar el relente vespertino ante el fundado temor de que ecologistas radicales pudieran cumplir su amenaza de realizar sabotajes en la recién instalada línea de aerogeneradores.

Don Quijote, huelga decirlo, hizo caso omiso a los requerimientos del benemérito agente, pero no habría de ocurrir lo mismo con Rocinante sin bien, en honor a la verdad, hay que reconocer que no fue por voluntad suya; el famélico jamelgo, incapaz de mantener el desbocado galope al que le sometía su dueño, tropezó con una irregularidad del terreno dando en tierra con su cuerpo y el de su jinete.

El cabo Peláez, aprovechando el -para él- afortunado percance, se apresuró a correr con toda la rapidez que le permitía su prominente barriga intentando atrapar al intruso antes de que éste pudiera escabullirse, algo que posiblemente habría ocurrido de no darse la circunstancia de que en su caída el caballero se había propinado un fuerte golpe en la cabeza que le había dejado semiinconsciente.

Estaba procediendo el cabo a colocarle las esposas cuando su subordinado, el número Martínez, apareció jadeando por la empinada cuesta.

-¡Ya era hora de que aparecieras, joder! -le abroncó para no perder las buenas costumbres- Me he tenido que enfrentar yo solo a este terrorista...

-Lo siento, mi cabo, pero es que tuve que detener a un cómplice suyo allá abajo; y hasta que no lo he esposado y metido en el todoterreno no he podido subir hasta aquí.

-Está bien. -zanjó Peláez- Llévate a éste con el otro y enciérralos en el cuartelillo hasta que yo baje una vez me haya llegado el relevo. Ya me encargaré yo de llamar a la capital para que se hagan cargo de ellos. ¡Ah, y llévate también al caballo, no lo podemos dejar suelto por aquí!

Martínez asintió en silencio, al tiempo que se preguntaba donde demonios podría encontrar una cuadra donde guardar al maldito caballo, y también al burro que montaba el otro prisionero; como no recurriera al picadero que un amigo de su cuñado tenía a treinta kilómetros de allí...

-Hay que joderse con estos ecologistas. -las maldiciones de su superior le rescataron de sus reflexiones- ¿No podían dejarnos en paz? -en realidad a Peláez le preocupaban bastante más sus partidas de mus y su carajillo vespertino que la suerte que pudieran correr los artilugios puestos bajo su custodia, pero siempre quedaba bien presumir de su responsabilidad ante un inferior.

-Hombre, mi cabo, la verdad es que son feos de cojones, y se han cargado los mejores paisajes del pueblo... -se aventuró a objetar el cachazudo guardia.

-¿Qué sabrás de eso? -explotó Peláez en un arrebato de lesa autoridad- ¡También tú eres feo, y tu mujer no se queja de ello! -por el pueblo corría el maledicente rumor de que el guardia Martínez se había visto obligado a abrir dos agujeros simétricos en su tricornio- Los chismes estos dan bastante dinero al pueblo, ¿te parece poco?

-Bueno, eso sí es verdad, pero... -porfirió Martínez, pensando que sueldo de guardia civil seguía siendo el mismo de antes, pese a que su trabajo se había visto incrementado por culpa de la vigilancia de los aerogeneradores.

-¿Qué pero ni qué niño muerto? Además, ¿quiénes son los ecologistas para venir a tocarnos los cojones? Es nuestro campo, no el suyo; que se vayan a sus ciudades a incordiar, que aquí maldita la falta que nos hacen.

Y ya embalado, prosiguió:

-Además, ¿qué es lo que quieren esos niñatos de ciudad? Centrales nucleares no, porque la radiactividad es mala. Centrales térmicas tampoco, porque contaminan. Pantanos ni pensarlo, porque inundan los valles. Aerogene... -se trabucó- eso todavía menos, porque se cargan el paisaje. ¿Qué es entonces lo que les parece bien a esos señoritingos? Pero luego bien que quieren tener en su casa internet, equipo de música, devedé último modelo y otros cuarenta mil chismes que funcionan con electricidad; que me digan donde enchufarlos a su gusto. ¡Y venga, muévete ya, que es para hoy! -le apremió.

Martínez obedeció y, tras levantar del suelo al ahora silencioso caballero y coger de las riendas al doliente equino, se apresuró a bajar por la vereda huyendo de las iras de su irritado jefe. Éste, por su parte, soltó un último bufido, esta vez a nadie, antes de retornar al arbusto que le servía de incómodo refugio.

-¡Ecologistas a mí! ¡Yo sí que les iba a espabilar pronto!

## VIAJE ¿AL CENTRO? DE LA TIERRA

Tras un azaroso viaje por las entrañas de la Tierra que a punto estuvo de costarles la vida, el afamado profesor Otto Lidenbrock, acompañado por su sobrino Axel y el guía islandés Hans Bjelke, habían llegado a un lugar inesperado e inexplicable para la ciencia. Allí donde creyeron que encontrarían tan sólo roca sólida y lava fundida, se abrió ante sus ojos una vasta extensión de agua, inicio de un lago u océano, que se prolongaba más allá del horizonte visible. La orilla, sumamente escabrosa, ofrecía a las últimas ondulaciones de las olas que rompían contra ella una arena fina e inmaculada sembrada de pequeñas conchas que probaban la existencia de vida en tan remoto lugar.

Al fondo de la playa unos enormes acantilados avanzaban sobre las aguas formando con sus agudas aristas un complicado perfil batido por las olas. Más allá la vista se perdía en el horizonte, iluminado por una claridad especial que permitía percibir hasta los menores detalles; no era la luz del Sol, no podía serlo en el seno de aquella profunda sima; las características de aquella luz, fantasmagórica y fría, parecían indicaban un origen eléctrico, algún tipo de aurora boreal que alumbraba aquella inmensa caverna.

-¡Es fascinante! -exclamó el joven Lidenbrock- Un mar aquí...

-Sí -respondió su tío-, el mar de Lidenbrock. Ningún navegante me disputará la gloria de su descubrimiento, ni el derecho de bautizarlo con mi nombre.

-¿Y esa luz? ¿De dónde proviene?

-Lo ignoro. -reconoció el sabio- Parece emanar de la atmósfera; es posible que se trate de algún tipo de meteoro de naturaleza desconocida para la ciencia.

-¿Qué habrá detrás de esos acantilados? -insistió Axel, frustrado al comprobar que su aguda vista quedaba bloqueada por los recios farallones.

-Tendrás que tener un poco de paciencia, hijo; mañana mismo echaremos un vistazo a lo que se oculta tras el promontorio.

-¿Cómo? Bordeando la orilla resultaría imposible, ya que las olas nos arrojarían contra esos peñascos destrozándonos en tan sólo unos segundos. Y en cuanto a escalar esos riscos... ni siquiera una cabra montés sería capaz de hacerlo sin perecer despeñada.

-No hará falta, Axel. Lo rodearemos por el mar.

-¿Por el mar? -se extrañó el muchacho, barriendo de forma involuntaria la tersa superficie del océano en busca de un imaginario navío- ¿Y en qué buque tomaremos pasaje?

-En ninguno, -respondió divertido el profesor- sino en la sólida balsa que está construyendo nuestro buen amigo Hans. ¿Acaso no oyes los golpes de su hacha?

-Tanto me da... ¿de dónde ha sacado la madera?

-¡Oh, los troncos ya estaban allí! Tan sólo ha tenido que recogerlos.

Y efectivamente, sobre la arena yacía una balsa medio terminada, construida con troncos y maderos de todos los tamaños y formas tomados de entre el maremágnun de desechos vegetales que cubrían literalmente el suelo. No una, sino multitud de balsas podrían haber sido construidas con tan abundante material.

-Tío, ¿qué madera es esta? ¿De dónde procede?

-Son troncos de árboles de todo tipo, arrancados por la furia de las fuerzas naturales y arrastrados hasta aquí, vete a saber por qué vericuetos; desde luego han de proceder del mundo exterior ya que aquí, al no haber sol, no pueden crecer las plantas verdes. Dentro de suficiente tiempo acabarán convertidos en madera fósil.

-Pero entonces no podrán flotar...

-Por supuesto, pero todos estos desechos, dependiendo de su antigüedad, se encuentran en diferentes estadios de petrificación; Hans tan sólo ha tenido que buscar aquellos que todavía eran los suficientemente livianos como para sernos útiles.

Al anochecer -aunque en rigor no se podía hablar de días y de noches en un lugar en el que no existían los ciclos diurnos, los viajeros seguían rigiéndose por el acendrado hábito de consultar sus relojes-, gracias a la habilidad de Hans, estaba terminada la balsa, de proporciones suficientes como para alojar cómodamente a los tres viajeros junto con sus reducidas pertenencias. Una vez lanzada al agua, la improvisada embarcación flotó tranquilamente sobre las olas del mar de Lidenbrock.

A la mañana siguiente, tras un sueño reparador que les sirvió para recobrar las perdidas fuerzas, los expedicionarios se hacían a la mar en su rudimentaria, pero sólida, embarcación, a la que no le faltaban ni mástil, con una vela improvisada con sus mantas de viaje, ni remo trasero a modo de timón. Pese a que la intención del profesor Lidenbrock era atravesar el océano en busca de la invisible orilla opuesta, había decidido doblar antes el afilado promontorio con objeto de explorar la región que

quedaba oculta tras él. Si tenían suerte, quizá pudieran desentrañar parte del misterio que se escondía en ese remoto rincón del corazón del planeta.

La navegación resultó plácida gracias a la quietud de la superficie marina, tan sólo alterada por el rebufo de la resaca en los rompientes de los cercanos farallones. Hábilmente conducida por Hans la balsa comenzó a bordearlos a una distancia prudencial, acercándose cada vez más al afilado espolón que marcaba el límite entre la roca y el agua. Poco después la embarcación rebasaba a éste y, merced un recio golpe de timón, cambiaba de rumbo doblando en dirección a la otra vertiente de la roca.

-¡Mirad! ¡Allí! -exclamó el joven, señalando hacia la vasta extensión que se abría frente a la proa de la embarcación.

Y en efecto, algo había cambiado. En llamativo contraste con las cristalinas olas que rompían en la abandonada playa, el agua se mostraba ahora turbia y oscura, en una súbita metamorfosis que ninguno de los viajeros fue capaz de explicar.

-¡Qué extraño! -musitó el profesor- ¿A qué se deberá este cambio tan repentino de color?

-No sólo de color, tío. -le corrigió Axel- ¿Acaso no lo hueles?

-¿Oler? ¿El qué? Yo no noto nada. ¿Qué es lo que hay que oler?

-¿De verdad que no lo notas? Es un tufillo como a no sé... estiércol, o algo parecido. ¿Lo notas tú, Hans?

Un gesto afirmativo con la cabeza fue la única respuesta del taciturno guía, pero resultó suficiente para sembrar la duda en el perplejo científico.

-Al parecer la vista no debe de ser el único sentido que comienzo a tener atrofiado. -masculló malhumorado- Sigamos adelante, así podremos salir de dudas.

Y salieron, puesto que el tufillo detectado por el joven se fue convirtiendo poco a poco en un penetrante hedor capaz de taladrar a la nariz más resistente, a la par que las aguas por las que navegaban se transformaban en una negra y pestilente sopa a la que la balsa cada vez le costaba más esfuerzos hender, pese a contar con la ayuda de un viento favorable.

-¿Qué demonios será esto? -preguntó el sabio, indudablemente perplejo.

-El Nifleheim. -rezongó Hans en tono sombrío- La antesala del infierno según las antiguas tradiciones de mi pueblo.



-No veo por qué el infierno tendría que oler tan mal; -le respondió con sorna- pero ya que hemos llegado hasta aquí no podemos retroceder. Hans, mantén el rumbo -ordenó- Esto tendrá que conducir por fuerza a alguna parte.

-Sí, hacia el Nastrond, donde nuestras almas quedarán atrapadas para siempre. -porfió tercamente el islandés, aludiendo al tenebroso infierno de la mitología escandinava.

Pero no desobedeció la orden, manteniendo firme el timón.

Algún tiempo después la situación de los tres navegantes comenzó a ser complicada. La balsa a duras penas lograba abrirse camino entre unas aguas putrefactas de consistencia semisólida, y el olor resultaba tan insoportable que tuvieron que protegerse los rostros con sus propias ropas. Pese a todo, siguieron adelante.

-Tío, -jadeó Axel con dificultad, acercándose a él para evitar que el impasible guía pudiera oírle- ¿tendrá razón Hans? ¿No estaremos adentrándonos en las puertas del infierno?

La furibunda mirada que a modo de respuesta le dirigió el digno científico bastó para acallararlo. Para el profesor Lidenbrock tan sólo existía un tipo de explicaciones, las científicas, siendo todo lo demás pura superchería. Y desde luego, jamás estaría dispuesto a aceptar lo que él consideraba meras supersticiones, fueran sus orígenes paganos o cristianos, entre los cuales por cierto no hacía la menor distinción. Aunque en ese momento se sentía incapaz de articular cualquier tipo de interpretación racional, no dudaba lo más mínimo que esta tenía forzosamente que existir... lo cual reafirmaba su cada vez más firme empeño en descubrirla.

No se equivocaba. Tras una navegación cada vez más penosa, un ruido sordo a modo de gorgoteo descomunal les advirtió de que estaban llegado a su destino, frente al cual se dieron poco menos que de bruces cuando menos lo esperaban: se trataba de un colector gigantesco que desaguaba en el mar toda clase de inmundicias imaginables y aun otras muchas imposibles siquiera de imaginar.

-¡Dios mío! -exclamó Axel luchando por hacer oír su voz por encima del estentóreo bramido del colector- ¿Acaso esto es lo que pienso que es?

-Si, querido sobrino, mucho me temo que estás en lo cierto. -respondió con flema el hierático profesor- Nuestro largo viaje ha concluido al fin; sin duda hemos sido los primeros humanos en llegar... ¡al culo del mundo!

## EL RETRATO DE DAMIÁN GRIS

A punto de entrar en la cuarentena, Damián Gris era la viva imagen del triunfador. Empresario de éxito, a su más que desahogada posición económica se sumaban un cuerpo atlético y atractivo y una personalidad que tenía la facultad de encandilar a todo aquel que se le aproximara. Huelga decir que arrasaba con las mujeres.

Rico y bendecido por la fortuna, nuestro personaje llevaba una vida que cualquiera calificaría de feliz, rodeado de todo tipo de comodidades y de ese conjunto de cosas - coches de lujo, vacaciones en lugares paradisíacos por supuesto en buena compañía, una suntuosa mansión en el barrio más exclusivo de la ciudad, diversión a tope...- que nos hacen añadir, a la conocida frase de que *“El dinero no hace la felicidad”*, la maliciosa coletilla *“Pero ayuda mucho a disfrutarla”*. Por si fuera poco, su salud era de hierro.

Sin embargo, Damián no era feliz. O, mejor dicho, se cernía sobre su espíritu una ominosa sombra que le impedía disfrutar plenamente de todos los dones tan generosamente donados por la diosa Fortuna: la edad.

No su edad actual, por supuesto, ya que Damián se encontraba entonces en la plenitud de su vida, sino su edad futura. Dicho con otras palabras, le aterrorizaba envejecer.

Otro dicho popular, no menos mordaz que el anterior, afirma que, si bien es malo cumplir años, todavía resulta peor no hacerlo. Pero Damián, en lugar de resignarse a lo inevitable, decidió buscar la manera de burlar el destino, no recurriendo a métodos médicos y quirúrgicos de más que dudosos resultados a medio y largo plazo -le aterrorizaba acabar convertido en un monstruo patético tal como había ocurrido con algunos conocidos personajes públicos-, sino siguiendo un camino más original a la par que heterodoxo.

Es preciso advertir que nuestro personaje, pese a disfrutar de una inteligencia más que notable, así como de una cultura exquisita, era pese a todo bastante supersticioso; no a la burda manera habitual, a él esas estupideces de los gatos negros y la sal derramada le traían al fresco, sino de una forma más sofisticada y cercana a esa extraña mezcla conocida habitualmente con términos tales como parapsicología, ciencias ocultas, espiritualidad o engañosos similares. Y, puesto que la ciencia oficial le negaba su auxilio, al menos en los términos que él pretendía, se refugió en el seno de estas acogedoras paraciencias que, pese a su incompatibilidad absoluto con los dictados del sentido común, prometían utopías capaces de satisfacer a la imaginación más desbocada.

Evidentemente, Damián era consciente de que la inmensa mayoría de quienes ofrecían este tipo de milagros eran meros embaucadores, simples vendedores de humo que tan sólo pretendían sacar beneficios fáciles a costa de la buena fe de sus incautas víctimas; pero confiaba en que, seleccionando con suficiente rigor, pudiera ser posible separar el grano de la paja. Porque, eso sí, estaba convencido de que, pese a todas las evidencias, algo de grano debía existir, por más que encontrarlo resultara más difícil que hacerlo con la paradigmática aguja perdida en el pajar.

Por si fuera poco, Damián Gris contaba también con su particular Grial. Desde que alguien le gastara una inocente broma sobre la similitud entre su nombre y el de Dorian Gray, protagonista de la novela homónima de Oscar Wilde, su natural preocupación por el envejecimiento se había convertido en una auténtica obsesión, pese a la irracional premisa que daba pie a la obra del genial escritor irlandés, de obtener la inmortalidad engañando al paso del tiempo con un retrato... irracional incluso para los laxos criterios del acientifismo esotérico en el cual Damián se había zambullido de pleno.

No se planteaba, pues, nada similar a la vieja quimera de retener la juventud a base de pócimas secretas, pactos con el diablo o baños en fuentes de aguas milagrosas; Damián Gris estaba dispuesto a rehuir a la vejez utilizando como cebo un retrato de su persona.

Claro está que una cosa era proponérselo y otra muy distinta conseguirlo; y desde luego, entre la cohorte de astrólogos, magos, curanderos y demás embaucadores de diferente laya que pululaban en torno suyo como moscas alrededor de un pastel, no se podía decir que abundaran precisamente los pintores de cuadros mágicos tal como él buscaba.

Sin embargo, no se arredró; las dificultades nunca le habían detenido en su camino, de no ser así jamás habría llegado tan lejos en el no menos difícil mundo de los negocios. Navegando hábilmente por las procelosas aguas de las presuntuosamente denominadas paraciencias, logró encontrar finalmente un personaje que afirmaba cultivar esta antigua mancia. En realidad, según le explicó éste, la pretensión de eludir la ira de los dioses engañándolos con una réplica que pudiera officiar a modo de pararrayos atrayendo hacia sí los castigos divinos, era probablemente tan antigua como la humanidad; al fin y al cabo en el siglo XIX, cuando Oscar Wilde había escrito su novela, todavía abundaban los pueblos primitivos, recién descubiertos por los exploradores occidentales, en los que el chamanismo o la brujería campaban por sus respetos constituyendo el eje central de sus culturas, por lo que era probable que el escritor se hubiera limitado a occidentalizar la milenaria tradición dándole un perfil moderno que la convirtió en una de las obras cumbres de la literatura victoriana.

Al menos esto era lo que aseguraba su contacto, presumiendo de haber recuperado esta tradición ancestral. Por supuesto podía tratarse de un vulgar embaucador; de hecho, lo más probable era que lo fuera. Pero Damián Gris podía ser cualquier cosa menos ingenuo; de no ser así, jamás podría haber levantado su emporio empresarial partiendo prácticamente de la nada. Sólo tras recibir garantías de que no tendría que soltar un solo céntimo hasta comprobar la veracidad del mágico retrato -en cualquier caso tampoco lo habría hecho sin constatarlo personalmente-, decidió aceptar la oferta. Así pues, envió por correo una fotografía suya al esotérico artista -pese a que su lugar de residencia no se encontraba demasiado lejos, éste se había negado a reunirse cara a cara con el empresario- y esperó.

La espera no resultó demasiado larga, pues apenas quince días más tarde Damián Gris recibía, también por correo, un voluminoso paquete que sólo podía ser el anhelado cuadro. Adjunta al mismo venía una carta en la que su autor le invitaba a disfrutarlo y a comprobar que satisfacía plenamente sus pretensiones, antes de que tuviera a bien abonarle sus honorarios.

Temblando de emoción Damián canceló todos sus compromisos, encerrándose en su dormitorio donde procedió a desembalarlo sin ningún tipo de testigos, ansioso como estaba de comprobar los resultados de su pacto mágico.

\* \* \*

Tres días más tarde, tras echarle de menos sus allegados decidieron echar abajo la puerta de la habitación. Allí, yacente sobre la cama, se encontraba algo que se asemejaba a una grotesca caricatura de quien fuera Damián Gris modelada por un artista demente cultivador de la estética cubista.

Aunque en un principio todos creyeron que era tan sólo un burdo monigote, su sorpresa no encontró límites al descubrirse que no se trataba de un muñeco sino de un ser de carne y hueso, una imposible quimera que parecía haber surgido de la peor pesadilla de un pintor loco, pero pese a ello provista de todos sus órganos vitales diseñados hasta el último detalle, por más que éstos, en su estrambótico diseño, jamás hubieran podido ser funcionales.

El forense encargado del caso no podía estar más desconcertado. Aquella aberración no podía ser un ser humano, ni tan siquiera un ser vivo, pero no obstante la minuciosidad de su diseño interno, aun contando con la inviabilidad de su anatomía, iba mucho más allá no ya de la broma macabra, sino también de las posibilidades científicas más avanzadas. Ni comprendía nada, ni jamás en su larga trayectoria profesional se había visto enfrentado a nada igual.

Tras algún tiempo de titubeos, el juez encargado del caso dio por legalmente desaparecido al infortunado empresario, al tiempo que el monstruo deforme descubierto sobre su cama era hecho desaparecer discretamente sin que nadie se molestara en someterlo a un examen profundo. ¿Para qué? Tal engendro no podía ser humano. La fundación encargada de gestionar el patrimonio del desaparecido mantuvo en pie sus empresas, primero en calidad de administradora y posteriormente, cuando éste fue dado por fallecido, como su heredera universal. Y nunca más se supo de Damián Gris, hasta que poco a poco el tiempo se fue encargando de erosionar su memoria.

Pero eso no fue todo. Un hecho que, por no ser considerado relevante, no llegó a quedar registrado ni en el atestado policial ni en el sumario judicial, fue el hallazgo, al pie del lecho mortuario, de un magnífico retrato del empresario desaparecido, digno de haber salido de los pinceles de un maestro renacentista. Nadie lo conocía ni sabía cómo había podido llegar hasta allí, pero guiados por la carta se dio por supuesto que había sido encargado por el desventurado Damián poco antes de su misteriosa desaparición. Puesto que el cuadro carecía de firma y la carta de remite, no fue posible localizar a su anónimo autor, que tampoco reclamó en ningún momento sus honorarios pese a la relevancia informativa que alcanzó la misteriosa desaparición del conocido industrial.

De entre todos los involucrados en la investigación policial, tan sólo un oscuro inspector se aventuró a plantear una hipótesis, que no por desquiciada, era menos creíble. Era éste un hombre culto, aficionado a la literatura y admirador de la obra de Oscar Wilde, y por ser relativamente novato en su trabajo todavía no se había visto moldeado por los prejuicios característicos de su trabajo, con lo cual su imaginación seguía volando libre para disgusto de sus superiores jerárquicos, que solían reprocharle que tuviera la cabeza *a pájaros*. Esta afortunada conjunción de circunstancias hizo que fuera el único capaz de establecer ciertas correlaciones, no por desconcertantes menos evidentes. Movido por su celo, intentó convencer a su superior.

-¿Conoce usted *El retrato de Dorian Gray*? -le había preguntado.

El comisario, cuyas únicas lecturas no iban mucho más allá de la prensa deportiva, respondió con un gruñido:

-No entiendo mucho de pintura. ¿Es un cuadro de Velázquez?

Tras contener un suspiro, procedió a explicarle pacientemente que se trataba de una novela de un escritor inglés -prefirió obviar el detalle de que en realidad era irlandés- de finales del siglo XIX, describiéndole a grandes rasgos el argumento de la misma.

-El protagonista, un hombre adinerado temeroso de envejecer, logra preservar su juventud de forma antinatural gracias a un pacto diabólico con el que consigue que un

cuadro mágico envejezca, al tiempo que él se mantiene exactamente igual de lozano que la imagen que el pintor plasmara en el retrato. Por decirlo de una manera sencilla ambos, personaje y retrato, habrían intercambiado sus esencias vitales, de modo que el destinado a preservarse sin verse afectado por el paso de los años no era el retrato, sino el protagonista.

-Eso está muy bien para una novela -le espetó su interlocutor, con el aire de suficiencia típico de quienes intentan camuflar un complejo de inferioridad-. Pero no estará intentando convencerme de que un retrato puede envejecer...

-¿Y por qué no? -se defendió el inspector- Arthur C. Clarke, otro escritor, afirmaba que toda tecnología superior no podría diferenciarse de la magia, del mismo modo que cosas que hoy son para nosotros perfectamente lógicas habrían sido para nuestros antepasados fenómenos tan inexplicables como éste lo es para nosotros. Es posible que la fábula de Oscar Wilde recogiera un fenómeno real por más que nos parezca inverosímil, uno de tantos conocimientos perdidos por la humanidad a lo largo de la historia. Pudiera ser que este saber llegara a conocimiento del desaparecido, el cual se habría limitado a repetir la arriesgada maniobra de su casi homónimo literario, con resultados en este caso fatales.

-De ser así -si el comisario hubiera sido un gato podría decirse que se estaba relamiendo los bigotes-, ¿cómo podría explicarse tanto la desaparición del señor Gris como la aparición de ese extraño engendro?

-Porque ese engendro sería precisamente el cadáver deformado de Damián Gris -y sin darle tiempo a su atónito jefe a responder, continuó-. Para desgracia suya, el pintor elegido para ejecutar el retrato, aunque poseedor de los conocimientos mágicos necesarios, como artista debía de ser una nulidad absoluta; y no sólo eso, sino que para ocultar su torpeza, fingía cultivar la pintura abstracta. Como es fácil suponer, en estas condiciones la catástrofe estaba más que garantizada. Cuando Damián Gris se encontró frente a su “retrato” y se produjo el intercambio de esencias vitales, el cuadro tomaría la apariencia de Gris mientras éste se convertía en eso que encontramos en su habitación, una delirante caricatura que bien habría podido servir de modelo para un cuadro cubista. Y por supuesto estaría muerto, dado que esa aberración biológica era de todo punto inviable como ser vivo.

-¡Cielo santo! -exclamó a su pesar el veterano policía- Muchacho, veo que imaginación no le falta, pero lamentablemente aquí trabajamos con hechos, no con hipótesis fantásticas. Eso que me acaba usted de contar es una locura.

-Existe una manera sencilla de comprobarlo -se defendió con aplomo el joven agente-, bastaría con destruir el cuadro y desenterrar a ese engendro para constatar si, una

vez roto el maleficio, este último se metamorfoseaba en el cadáver del empresario, tal como ocurría en la novela de Oscar Wilde.

-Eso no puede ser -zanjó su superior, satisfecho por haber encontrado una manera de finiquitar el asunto-. En primer lugar, la cosa que encontramos en el dormitorio de Damián Gris fue incinerada. Y en cuanto al cuadro, se trata de una propiedad privada que, como se puede imaginar, no podemos dañar.

-Pero si consiguiéramos una orden judicial...

-¿Ah, sí? ¿Y qué haríamos con las cenizas, suponiendo que pudiéramos encontrarlas? Además ¿usted cree que voy a arriesgarme a molestar al juez por una estupidez de esta categoría? Vuelva a su trabajo, y olvídese de estas tonterías si es que quiere llegar algún día a ser alguien en este oficio.

El tono de voz del comisario no dejaba el menor resquicio a la duda, así que el inspector se apresuró a escabullirse cual alma que llevaba el diablo. El caso de la desaparición de Damián Gris quedaba así definitivamente zanjado.

Mejor suerte correría el misterioso cuadro. Hoy, varios años más tarde, éste preside el despacho del presidente de la Fundación Damián Gris, siendo la admiración de todos los que tienen el raro privilegio de contemplarlo por ser, a decir de los expertos que lo han examinado, uno de los mejores retratos pintados en los últimos tiempos.

Diríase que el pobre Damián está vivo, son los comentarios que corren entre los que lo conocen, tal es la pasmosa realidad con la que está plasmada su figura. De lo que nadie se ha percatado aún, o si lo ha hecho ha callado por temor o por discreción, es de que en el impoluto cabello del retratado parecen querer aflorar algunas tímidas canas.

## GULLIVER EN EL PAÍS DE LOS PITUFOS

Lentamente Lemuel Gulliver fue recuperando la consciencia. La tempestad, el naufragio del barco en el que viajaba, el precario refugio del trozo de madera al que se aferró, la llegada a una playa desconocida completamente extenuado... de forma paulatina todo el azaroso discurrir de las últimas horas de su vida fue aflorando en su embotada mente.

Con un gemido intentó incorporarse, sintiendo que no podía hacerlo. Poco a poco, con temor, abrió los ojos descubriendo que yacía de espaldas en la suave arena de la playa estando amarrado por multitud de pequeñas cuerdas que se entrelazaban a lo largo de todo su cuerpo, las cuales estaban sujetas a unas estacas sólidamente clavadas en el suelo.

Intrigado miró más allá, descubriendo una multitud de pequeños seres de apenas un palmo de estatura que le contemplaban expectantes. Se trataba de hombrecillos en miniatura cuya piel ostentaba un llamativo color azul; desnudos de cintura para arriba su única indumentaria eran unos calzones blancos, tocándose la cabeza con algo parecido a un gorro frigio de idéntico color. Descubrió con sorpresa que poseían también un pequeño rabo, asimismo de color azul.

-¡Vaya, ya despertaste! -oyó que una vocecilla aguda exclamaba junto a su oído.

Volviendo trabajosamente la cabeza -también le habían atado los cabellos- contempló frente a su rostro, subido sobre una improvisada tarima, a uno de esos hombrecillos que, a diferencia del resto, iba ataviado de rojo y portaba una poblada barba.

-¿Quién eses? -logró balbucear- ¿Dónde estoy?

-¿Bromeas? -respondió el que según todas las apariencias era el jefe de los hombrecillos- Sabes de sobra que soy Papá Pitufo, y sabes también donde estás. Pero esta vez, Gargamel, tus artimañas no te servirán de nada, hemos logrado atraparte mientras dormías y nunca más conseguirás amenazar la paz de nuestra aldea. Tu pérfida existencia ha llegado a su fin.

-¿Papá Pitufo? ¿Gargamel? ¿De qué me estás hablando? Yo soy Lemuel Gulliver, súbdito británico, y he sido víctima de un naufragio. No sé quienes sois ni deseo haceros el menor daño, tan sólo quiero recuperarme y poder volver a mi país.

-No te soltaremos. -respondió el diminuto personaje- Nos has hecho padecer demasiado como para que podamos confiar en tus arteras palabras. Y da gracias a que somos enemigos de la violencia; no te haremos daño, pero permanecerás atado hasta que dejes de ser una amenaza para nosotros. Vámonos, pitufos.



-¡Pero yo! -exclamó Gulliver desconcertado- ¡Yo no soy ese que decís, no sé de qué me estás hablando! Tan sólo quiero... -repitió en vano, puesto que los pitufos, haciendo caso omiso a sus palabras, comenzaron a retirarse de la playa dejándole abandonado e inerme.

Evidentemente pretendían hacerle fallecer de sed y de inanición, si otros peligros ignorados no conseguían acelerar el fin de su existencia. Luchando contra la fatiga Gulliver intentó romper las ligaduras que le atenazaban, contundentemente sólidas pese a su aparente fragilidad, pero no fue sino hasta que el día comenzó a alborear cuando consiguió liberar un brazo. El resto resultó ya relativamente fácil. Estaba libre, pero profundamente debilitado por las penurias del naufragio y por el tiempo que llevaba sin comer ni beber.

Lo segundo fue relativamente fácil de resolver gracias al agua de un arroyo que desembocaba en el mar junto a la playa, pero la cuestión del alimento resultó ser más peliaguda debido a que tanto la vegetación que le rodeaba como los huidizos animales que habitaban en su interior demostraron ser de un tamaño tan diminuto como el de esos extraños enanos -pitufos, creía recordar que se habían autodenominado- y, por lo tanto, difícilmente capaces de saciar su voraz apetito. Por fortuna logró encontrar unos árboles cuyos frutos, de aspecto y sabor similares a los de las naranjas, pero de tamaño equivalente al de un guisante, lograron calmarlo siquiera en parte.

Una vez satisfechas sus necesidades más perentorias, se vio obligado a plantearse el camino a seguir. Por un lado deseaba castigar a tan inhospitalarias criaturas, pero desconocía por completo la geografía del lugar y tampoco sabía donde podría encontrarse su aldea, probablemente escondida en lo más espeso del bosque. Y por encima de todo, lo que deseaba era volver a tierras civilizadas.

El descubrimiento de uno de los botes del naufragado buque, milagrosamente intacto y varado en la playa, le ayudó a decidirse. Tras comprobar que no presentaba vías de agua, llenó en el arroyo un pequeño barril que descubrió en su interior, colmó los bolsillos de su casaca con los pequeños frutos y, sin encomendarse a nada ni a nadie, se embarcó rumbo a mar abierto.

Tuvo suerte; una semana después, cuando hacía ya tiempo que había agotado sus magras provisiones y veía cernirse sobre él el fantasma de la muerte, su pequeña embarcación fue avistada por un buque inglés que, tras rescatarle más muerto que vivo, le llevó de vuelta a su país.

Lo que entonces desconocía Gulliver era que todavía debería vivir sorprendentes aventuras en remotos y exóticos lugares tales como el País del Fútbol, donde era considerado delito, y castigado con duras penas de cárcel, no ser aficionado a ese deporte; el País de los Tertulianos Radiofónicos, donde era obligatorio seguir las tertulias durante un

mínimo de ocho horas al día o, el más peligroso de todos con diferencia, el País de los Políticos en Campaña Electoral, donde se vería sometido a las más azarosas circunstancias de toda su larga vida. Pero esto corresponde ya a otra historia, y será narrado en su momento.

## VARIACIONES SOBRE UN TEMA DE KAFKA

Las manos de uno de los hombres se posaban en la garganta de K.

El resto de su cuerpo, convulso y ensangrentado, yacía a los pies de K. roto como un guiñapo, con un rictus de estupor todavía marcado en su yerto rostro.

Emitiendo un áspero chirrido con su poderosa e inhumana garganta, K. se desembarazó de los amputados despojos fijando sus grandes ojos facetados en el aterrorizado compañero del muerto, acurrucado contra la pared apenas unos metros más allá.

Éste, dominado por el pánico, intentó huir sacando fuerzas de la flaqueza. Mas no logró llegar demasiado lejos.

Nunca encolerices a un insecto.

Nunca, al menos, cuando en éste se aúnen la talla y la inteligencia del antiguo ser humano que fue con la fortaleza física y la crueldad de la bestia que es ahora.

## CON RENFE YA HABRÍA LLEGADO

Miguel Strogoff, el intrépido correo, se había visto obligado a afrontar penalidades sin cuento teniendo que cruzar una ciudad colapsada por un tráfico infernal y tardando varias horas en llegar a su destino, una población del cinturón metropolitano. A ello se sumaban la tensión de conducir, el insoportable ruido de los cláxones, la contaminación... y el no menos arduo problema del aparcamiento una vez alcanzada su meta.

Cuando finalmente logró su objetivo pasó junto a una estación de Cercanías, lo que le hizo recordar una antigua frase publicitaria: “*Con Renfe ya habría llegado*”.

## SI BEBES...

-Doctor, no aguanto más. Daría mi alma, si la tuviera, por volver a ser una persona normal.

-Señor conde, entiendo perfectamente como se siente usted, pero por desgracia nadie, o casi nadie, suele ser dueño de su destino. Así pues, no nos queda más remedio, nos guste o no, que resignarnos y asumir lo que nos depare del destino.

-Eso queda muy bonito dicho así -rezongó el paciente-. Pero convendrá usted en que ser un monstruo supone tener que pagar un precio exageradamente alto por esa resignación que usted predica.

-Mi querido Vlad, sabe usted que no resulta educado utilizar la palabra *monstruo* para referirse a cualquiera de los residentes en este refugio, ni siquiera aplicándoselo usted mismo. Si llegamos aquí huyendo de los prejuicios criminales de la chusma hacia todos aquellos que eran diferentes, flaco favor nos haríamos cayendo en sus propias trampas retóricas.

-Monstruo, diferente... -se burló el aristócrata balcánico-. En la práctica poco importan las palabras; por mucho que las cambiemos, nunca lograremos modificar los hechos.

-¿Se siente usted un monstruo? -contraatacó el galeno-. ¿Alguien repulsivo y merecedor, por ello, de ser exterminado? En ese caso quizá debiera haberse quedado allá abajo, a merced de esos salvajes...

-¿Para que me clavaran una estaca afilada en el corazón en cuanto me pillaran inerte en el interior de mi ataúd? Por supuesto que no. Pese a todo, todavía tengo cierto apego a mi vida... a mi no vida -se corrigió-. ¿Acaso le parece tan extraño, herr Frankenstein?

-Desde luego que no, señor conde; doy por supuesto que, por encima de todas nuestras diferencias, físicas o mentales, siempre nos unirá el instinto de conservación... precisamente por eso es por lo que todos nosotros estamos aquí.

Hizo una pausa y continuó:

-Lo que no acabo de comprender, es que reniegue usted de su condición de vampiro. Aquí está a salvo y entre amigos, y lo que usted considera equivocadamente su monstruosidad no es diferente, en la práctica, de las distintas singularidades de cualquiera de nuestros compañeros.

-De todos... excepto de usted -replicó Drácula con tono mordaz.

-¿Lo dice porque, desde un criterio estrictamente anatómico y fisiológico, yo soy un humano vulgar? -suspiró Víctor Frankenstein bajando la mirada-. Mi querido amigo, no se deje engañar usted por las apariencias. De poco sirve que mi cuerpo sea completamente normal según los criterios humanos si para la mayor parte de mis congéneres soy tan monstruo o más que cualquiera de ustedes. Porque, según su hipócrita moral, mi pecado es todavía peor al haber burlado los designios divinos osando crear vida a partir de la muerte.

-Tampoco es que sea para tanto, teniendo en cuenta que las dotes intelectuales de ese zote que creó no son precisamente su rasgo más destacado -contemporizó el vampiro. Y, dándose cuenta de su error, rectificó-. Bueno, discúlpeme, no pretendía herir su sensibilidad cuestionando su valía científica...

-No se preocupe, no soy tan susceptible, y además no le falta razón al considerar mi experimento como un fracaso. Además -sonrió-, estamos entre amigos. Sí, es cierto, mi criatura no resultó ser precisamente un dechado de virtudes, y desde luego no descuella por su inteligencia; pero su mera existencia, y el hecho de que los ignorantes campesinos lo consideraran inmediatamente como un monstruo, bastó para convertirme en un proscrito, hasta el punto de confundir mi apellido con él. Y por si fuera poco, el muy ingrato renegó también de mí cuando me negué a conseguirle una compañera; ¿para qué la querría, además, cuando yo no me había molestado en proporcionarle un aparato reproductor funcional?

-En cualquier caso -concedió el antiguo aristócrata valaco-, lo cierto es que usted está aquí con nosotros, lo que le convierte en uno más de los nuestros.

-Le agradezco esa deferencia, señor conde, pero si no le importa desearía que dejáramos de hablar de mí y retomáramos el tema que le ha traído hasta aquí -repuso Víctor Frankenstein haciendo un gesto de impaciencia con la mano-. Su depresión, o lo que usted considera como tal.

-¿Cree que exagero?

-No, en absoluto. Me consta su sinceridad. Pero pienso que usted se equivoca, y que en realidad no tiene motivos graves para estar deprimido. Y si me apura -añadió, impidiendo que éste le replicara-, le diré que pienso que es usted uno de los más privilegiados, si no el que más, de todos los que formamos parte de nuestra pequeña y heterogénea colonia.

-¡Qué me dice! -se sorprendió el vampiro olvidándose de su abortada protesta-. ¡Que yo...! ¡Usted bromea!

-No puedo hablar más en serio. Usted es un aristócrata, todo un caballero... y obvio lo de inmortal porque aquí todos, incluso yo vete a saber por qué razón, de uno u otro modo lo

somos. Si me pidieran que le definiera con adjetivos, todos ellos habrían de ser elogiosos. Sin embargo, nuestros pobres compañeros...

-Empiezo a sospechar por donde quiere ir usted...

-No es ningún secreto -concedió Frankenstein mostrándole las palmas de las manos-. Ahí tiene a mi pobre criatura, vagando cual alma en pena en busca de su inexistente compañera sin ser consciente siquiera de que poco o nada podría hacer con ella en caso de que la encontrara... ya que su cociente intelectual es el equivalente al de un cretino.

Hizo una pausa un tanto teatral, y continuó:

-¿Y qué me dice del hombre lobo, con su horrible naturaleza semianimal? ¿O de la momia, varios miles de años encerrada en un sarcófago olvidado en la cámara interior de una pirámide, que ahora no inspira terror sino lástima, con sus vendajes mortuorios podridos y cayéndosele en pedazos?

-Bueno, visto así...

Pero Frankenstein estaba ya lanzado y hubiera resultado extremadamente difícil refrenar su fogosidad dialéctica.

-Por no hablar ya de los patéticos zombies, a los que lo que se les cae a pedazos es su propio y putrefacto cuerpo... y ahí tiene también al desdichado Hombre Elefante, cuyas deformidades siguen repeliéndonos incluso a nosotros a pesar de la dulzura de su carácter. Podría seguir enumerando a seres como los ogros, los orcos o los trolls, perseguidos con saña durante siglos y exterminados sin piedad cuando tenían la desgracia de caer en manos de sus perseguidores; o a las brujas, las pocas supervivientes de las hogueras que pudieron refugiarse aquí.

-Ya, pero no todos son tan monstruosos. Erik, por ejemplo...

-¿El Fantasma de la Ópera? Ciertamente, es elegante y caballeroso, todo un dandi... mientras no se quita la máscara.

-¿Y el Hombre invisible?

-Otro caballero... si no fuera por la desconfianza que genera el hecho de que pueda estar a tu lado, espiándote, sin que tú seas consciente de ello. Y conste que sólo estamos hablando de los residentes en nuestro refugio, tengo entendido que la colonia de monstruos mitológicos que, según dicen, existe en algún otro universo paralelo al nuestro y al del mundo real, es todavía peor; sólo tiene que consultar un diccionario de mitología griega para comprobarlo: Cerbero, el Minotauro, la Hidra de Lerna, Medusa y sus hermanas las

Gorgonas, Equidna, Tifón, Quimera, la Esfinge, Escila, Caribdis, las Arpías, los Grifos, el Basilisco, Ceto, Ladón... y estamos hablando tan sólo de los monstruos griegos, imagínese si tenemos también en cuenta además a los de otras mitologías, incluyendo los procedentes del ámbito de los superhéroes como Hulk, Bestia o la Cosa...

-De acuerdo -concedió Drácula-. Admito que mi situación sea, desde un punto de vista objetivo, bastante más afortunada que la del resto de mis compañeros, tal como acaba de afirmar usted... pero eso no quiere decir que no tenga también mis propios problemas. Y sin pretender en modo alguno compararlos con los de los demás, ni mucho menos menospreciar a nadie, lo cierto es que me están causando una turbación muy considerable.

-Está bien -suspiró el doctor Frankenstein que, pese a distar mucho de ser un psiquiatra, lo cierto era que le habían convertido de facto en el psicoanalista de su pequeña comunidad-. Le escucho.

-Todo radica en mi régimen hematófago -confesó el vampiro con un hilo de voz, tal como si se avergonzara de ello.

-¿Con la sangre? -la sorpresa del cirujano era auténtica.

Y ante el mudo asentimiento de su interlocutor, continuó:

-¿Qué le ocurre? ¿Acaso carece de suficiente comida?

-¡Oh, no! Al contrario. Desde que vivo aquí, me resulta más fácil que nunca. Gracias al truco de saltar a mi antojo de un universo a otro, puedo visitar la Tierra cuando quiera y donde quiera; tras haber cazado a mi víctima, me limito a esfumarme tranquilamente sin que nadie pueda echarme el guante. Se acabaron los tiempos de incertidumbre en los que siempre corría el riesgo de ser atrapado mientras descansaba en la cripta durante las horas diurnas.

-Entonces... no lo entiendo.

-Lo que ocurre -confesó Drácula-, es que no deseo seguir alimentándome de sangre.

-No lo entiendo... -repitió mecánicamente Frankenstein-. Usted es un vampiro, y los vampiros siempre...

-¡Ya lo sé, maldita sea! -explotó el conde-. Ésta es precisamente mi tragedia. He intentado sustituir la sangre por todo tipo de líquidos nutritivos: leche, zumo de frutas, extractos vegetales, refrescos con y sin alcohol, vino, cerveza, caldos, purés... hasta con orujo gallego. Imagínese hasta donde llegó mi desesperación que incluso llegué a probar con colonia e incluso con champú, que dicho sea de paso resultó ser un magnífico purgante.



Pero se ve que mi maldito metabolismo tan sólo funciona bien con sangre fresca, preferiblemente humana.

-Era de esperar -respondió el doctor haciendo un gesto de incredulidad-. Por eso es usted un vampiro. No chupa sangre por maldad ni por perversión como creen quienes tan aventuradamente les tildan de monstruos, sino por pura necesidad al igual que cualquier depredador devora la carne de sus presas. Quizá pudiera usted subsistir durante algún tiempo, en caso de necesidad, con sangre preparada para las transfusiones e incluso con plasma sanguíneo, pero supongo que a la larga su cuerpo se resentiría por la falta de determinados nutrientes. Pero dígame, ¿a qué viene ahora ese repentino afán de sustituir la sangre por cualquier otro alimento? ¿Acaso ha empezado a sentir remordimientos por tener que matar a sus víctimas?

-¡Oh, no! En absoluto. Bueno, no más que los que pudiera sentir un león tras cazar a una cebra, o un tiburón al engullir un atún.

-Entonces... ¿de qué se trata?

El conde bajó la vista al suelo y, cual chiquillo cogido en falta, confesó entre turbado y avergonzado:

-No puedo comer sangre porque me lo prohíbe mi religión.

-¿Quééééé? -la súbita aparición de Belcebú entre lenguas de fuego y densas humaredas de azufre no hubiera sorprendido tanto al pragmático cirujano-. ¿Religión? ¿Qué religión?

-¿Cuál va a ser? -musitó Drácula con un hilo de voz-. La única verdadera. Hace meses, durante una de mis periódicas visitas a la Tierra con objeto ¡ejem! de buscar mi sustento, tuve la inmensa suerte de encontrarme con la Revelación.

-¿Revelación? ¿De qué? -Frankenstein cada vez entendía menos.

-Me refiero a que alcancé el privilegio de ser acogido entre los elegidos por el Señor.

-No estará intentando decirme que ha sido captado por una secta...

-¿Secta? Esa es la forma despectiva con la que los gentiles nos insultan a los siervos de Jehová.

Al oír la palabra “Jehová” un engranaje saltó al fin en la mente del médico.

-¿Se ha convertido en testigo de Jehová? ¿Lo dice en serio?

-Entiéndalo así si quiere; lo cierto es que, gracias a Su auxilio, he conseguido librarme definitivamente de las garras del Maligno.

-Pero... si esa... religión -aun perplejo, Frankenstein consiguió evitar pronunciar la palabra *secta*- prohíbe a sus adeptos comer sangre... ¡y usted se alimenta con ella!

-Me alimentaba, mi querido doctor. Me alimentaba.

-¿No acaba de decirme que no puede sustituirla por ningún otro alimento? ¿Cómo piensa usted subsistir?

-Le recuerdo, doctor, que aquí somos todos inmortales...

-Ya. Es cierto que no morirá de inanición, pero se debilitará enormemente si interrumpe su dieta sin sustituirla por ninguna otra, eso también es conveniente tenerlo en cuenta.

-Dios proveerá en su divina misericordia -Tras desvelar su secreto Drácula no era ya la figura atormentada de minutos antes, habiéndose transfigurado en otro muy distinto.

-Usted mismo, hace tan sólo un momento, me confesaba que no podía seguir así -le espetó Frankenstein al límite de su asombro-. Y ahora, por el contrario, me dice que...

-La carne es débil, mi querido amigo, incluso la carne muerta de los vampiros. No es de extrañar, pues, que tenga momentos de flaqueza. Por fortuna, cada vez que lo invoco Él me ayuda a superarlos.

-Sí, pero no creo que esa ayuda divina pueda servir para contrarrestar la debilidad causada por su forzado ayuno; por mucho que invoque a su Jehová, me temo que tendrá que seguir comiendo algo.

-Por eso es por lo que vine a pedirle ayuda, doctor, para que me dijera qué es lo que puedo tomar sin contravenir las leyes divinas.

Iba Frankenstein a soltar un ex abrupto cuando, pensándolo mejor, decidió optar por una táctica evasiva.

-Bien, no le puedo prometer nada, pero indagaré; supongo que quizá pueda encontrar algún tipo de extracto proteínico y vitamínico enriquecido con hierro que sea adecuado para su metabolismo... sin que en sus ingredientes entre ningún tipo de sangre, ni humana ni animal -le tranquilizó-. Déjeme unos días y ya le avisaré cuando haya encontrado algo.

-Se lo agradezco infinito, doctor. No sabe cuánto sería de ayuda para mí poder acabar de forma definitiva con tan execrable hábito sin correr el riesgo de tener tentaciones, ya

sabe que el Maligno anda siempre urdiendo estratagemas para desviarnos del camino recto y perdernos en el infierno. En justa correspondencia -ofreció, al tiempo que se le iluminaban los ojos- me gustaría ayudarle a encontrar el camino de la Revelación...

-Gracias, pero de momento estoy demasiado ocupado -replicó Frankenstein, justificadamente temeroso del cargante proselitismo de esta secta-. Quizá más adelante...

Una vez que Drácula hubo abandonado el despacho, su ocupante exhaló un profundo suspiro mitad de desesperación, mitad de alivio.

-¡Será...! -exclamó para sí al tiempo que pensaba en la necesidad de buscarse una buena excusa para el futuro, ya que lo que menos deseaba era tener que soportar una tabarra religiosa-. ¡Un vampiro testigo de Jehová! ¿Cuándo se ha visto eso?

## LA VUELTA AL MUNDO EN OCHENTA DÍAS... Y PICO

Phileas Fogg, el intrépido caballero inglés que había arriesgado toda su fortuna apostando que sería capaz de dar la vuelta al mundo en ochenta días, se presentó impasible en el salón del Reform-Club justo en el momento en el que según su reloj se cumplía el plazo estipulado para rendir cuentas de su viaje.

Tan sólo unos minutos antes Fogg estaba convencido de haber perdido la apuesta por culpa del estúpido policía Fix, que le había detenido nada más poner pie en territorio británico acusándole falsamente -¡a él, todo un esquire!- de haber sido el autor de un importante robo en el Banco de Inglaterra. Aunque la captura del verdadero ladrón demostró su inocencia y permitió su inmediata puesta en libertad, este inoportuno trance le había impedido llegar a Londres con tiempo suficiente para lograr su proeza.

Por fortuna no había contado con el hecho de que al viajar de oeste a este, es decir en el mismo sentido que la traslación de la Tierra, había ganado un día en su azaroso periplo en torno al planeta, por lo cual su llegada a Londres había tenido lugar la víspera del día previsto. Fue su criado, el fiel Picaporte, quien se percató de ello cuando ya faltaba muy poco para que venciera realmente el plazo y, tras haber sido apercebido de esta circunstancia, mister Fogg se había encaminado, en una carrera contrarreloj, al salón del Reform-Club donde se había convenido que se presentara.

Apenas le sobraron unos segundos, pero fueron suficientes para que hiciera una entrada triunfal y, con su característica flema británica, se presentara diciendo:

-Aquí estoy, señores.

Los allí presentes le miraron con caras de sorpresa que se transformaron en sonrisas de satisfacción por parte de sus rivales. Uno de ellos, John Sullivan, le espetó, con una delicadeza poco acorde con su categoría social:

-Lo lamento infinito, mister Fogg, pero he de comunicarle que usted ha perdido la apuesta.

-¡No puede ser! -exclamó éste-. Hoy es el día en el que vencía el plazo, y entré por esa puerta justo antes de que el reloj diera las campanadas correspondientes a las ocho y cuarenta y cinco de la tarde, hora estipulada para su término.

-Todo es correcto, mister Fogg, excepto en un detalle: usted llegó a las nueve y cuarenta y cinco, menos algunos segundos. Casi con una hora de retraso.

Y viendo el gesto de estupor de su interlocutor, explicó:

-Me temo que debió olvidarse de adelantar su reloj para ajustarlo al horario de verano.

N. del A.: Sí, ya sé que en la novela de Julio Verne el viaje de Phileas Fogg alrededor del mundo tuvo lugar entre el 2 de octubre y el 21 de diciembre de 1872, por lo que difícilmente le podría haber afectado el adelanto horario que suele tener lugar en el mes de marzo, si es que tal costumbre hubiera estado implantada en su época; pero como es fácil comprender, me ha sido necesario alterar ligeramente esta cronología para poder escribir el relato. En cualquier caso, éste puede ser considerado como una ucronía de la novela original ocurrida en un universo literario paralelo.

## PROBLEMA INSOLUBLE

-Señor conde, esto no puede seguir así -el sanitario no se molestaba en disimular su malestar al tiempo que restañaba a su paciente los cortes que presentaba en el cuello-. Es la quinta vez en dos semanas que viene usted aquí con el mismo problema y, sinceramente, ya es hora de que adopte medidas para evitar que le vuelva a suceder... se lo digo por su propio bien, que conste.

-¡Ay, hijo, qué razón tienes! -concedió el anciano aristócrata-. Ya me gustaría a mí poder hacerte caso. De hecho, en mi castillo siempre había tenido a un barbero entre mi personal doméstico, pero qué quieres... la crisis económica nos ha afectado a todos y yo, aunque noble descendiente de una estirpe centenaria, no me he librado de ella, de modo que me vi obligado a prescindir de sus servicios junto con los de la mayor parte de mi antigua servidumbre -suspiró apesadumbrado.

-Ya, si eso lo entiendo, al igual que entiendo que una persona de su alcurnia no desee acudir a una peluquería pública... pero la mayoría nos afeitamos en casa, y aunque no quede igual que en manos de un profesional, no apañamos...

-Pero tú te ves en el espejo -respondió Drácula tajante-. Yo lo tengo un poco más complicado.

Y comprobando que el sanitario ya había terminado la cura se levantó del asiento, le dio secamente las gracias y abandonó el centro de urgencias arrebuñándose en su negra capa. Instantes después, la sombra aleteante de un murciélago se perfilaba fugazmente sobre la pálida faz de la luna llena.

## CURRICULUM ADECUADO

-Nombre, apellidos y número de identificación fiscal, o NIE si es extranjero -recitó el funcionario de la oficina de empleo con voz átona; después de cinco horas de trabajo ininterrumpido (y veinte años de antigüedad en el mismo puesto) llevaba ya un buen rato trabajando en modo automático.

-Dracul, Vlad Dracul... -respondió el demandante, un anciano de aspecto atildado en cuyo afilado rostro podía apreciarse un inequívoco gesto de incomodidad y desagrado. Y a continuación, desgranó una serie de cifras.

-Vaya -manifestó con sorpresa el funcionario-. Al parecer ésta es su primera demanda de empleo -y tras el asentimiento tácito de su interlocutor continuó-. Tendré entonces que abrirle una ficha. Dígame -preguntó mientras tecleaba-. ¿Cuál es su profesión?

-¿Mi profesión? -respondió el interpelado, mitad sorprendido mitad irritado-. Ninguna servil, por supuesto. Soy conde -concluyó con tono de orgullo herido.

-Pero a algo se dedicaría antes, o bien estudiaría...

Dracul se removió inquieto en su asiento, añorando los tiempos en los que su voluntad era ley y cualquiera que la trasgrediera podía ser ajusticiado sin que nadie le pidiera cuentas. Decididamente, las cosas habían empeorado desde entonces.

-Yo... -vaciló, tal como lo hace quien necesita encontrar la palabra adecuada en un idioma que no es el suyo materno-. Yo era rentista. Siempre había vivido de mi patrimonio, pero la maldita crisis económica me ha llevado a la ruina y por eso me veo obligado a buscar trabajo -concluyó con un hilo de voz, avergonzado ante tan humillante confesión.

-¿Y qué sabe hacer usted?

Durante unos instantes el aristócrata estuvo tentado de responder que era experto en empalar a impertinentes como él, pero finalmente triunfó la prudencia limitándose a decir:

-Se me da bastante bien chupar sangre.

-Pues... no sé si con ese perfil vamos a poder encontrar algo, con lo difícil que están las cosas, sobre todo en la sanidad... y menos aún con su edad -rezongó el funcionario, fastidiado por verse obligado a realizar un trabajo tan inútil.

Pero el ordenador le reservaba una sorpresa.

-¡Vaya! -exclamó perplejo-. Pues sí, ha tenido suerte; aquí hay algo que se ajusta bastante a su perfil. Espere un momento a que se lo imprima y luego puede usted ir a la dirección que se indica.

Varios días más tarde el país entero se sorprendía al conocer el nombre del nuevo ministro de Hacienda, del que se decía que no le temblaría el pulso -algo difícil, por otro lado, dado que llevaba siglos muerto- a la hora de recaudar los impuestos.



## MUTACIÓN INDESEADA

Ser el médico de la Ciudad de los Monstruos no es en absoluto una empresa fácil, pero de alguna manera me tenía que ganar la vida después de las tropelías que cometió la criatura a la que en mala hora decidí insuflarle vida, sobre todo teniendo en cuenta que, a diferencia de la obra en la que una escritora inglesa noveló mi malhadado intento de emular al Creador, ninguno de los dos morimos en las vastedades heladas del Océano Ártico sino que, una vez reconciliados -al fin y al cabo yo era su padre-, optamos por buscar refugio en el único lugar en el que todos los seres que han sido rechazados por la sociedad pueden llevar una vida más o menos normal dentro de lo que cabe.

Y como cabía suponer, gracias a las recomendaciones de mi *hijo* y también a la ausencia de una alternativa mejor, fui contratado como médico de esta pequeña comunidad, con lo cual he acabado especializándome en todo tipo de variantes de aquello que allá en la Tierra se ha venido denominando monstruoso o bestial... aunque en el fondo mis pacientes no son peores, y en muchos casos son incluso mejores, que los engreídos humanos pretendidamente normales.

Pero ésta es otra historia que quizá relate algún día, ya que ahora prefiero limitarme a contar un caso concreto de los muchos que me he visto obligado a tratar, el del señor Hyde. Como supongo que todos ustedes conocerán la novela de Robert Louis Stevenson, al igual que la mía también basada en un caso real, considero innecesario explicar lo que le ocurrió al doctor Henry Jekyll, otro aprendiz de brujo como yo, cuando imprudentemente decidí ingerir la pócima que le convertiría en la antítesis de sí mismo, en principio controlada gracias a un antídoto pero más tarde de forma totalmente aleatoria y fuera del control, por lo cual también se vio obligado a refugiarse aquí tras simular su muerte.

Y ahora me visitaba como paciente bajo el avatar de Hyde. El tosco hombretón se sentó frente a mí y con su ruda voz me espetó:

-Doctor Frankenstein, vengo a pedirle ayuda.

-Esa es mi labor -respondí con flema al tiempo que intentaba evitar, sin aparecer maleducado, los malolientes efluvios de su aliento-. Dígame en qué puedo ayudarle.

-¿Acaso no lo sabe usted? -gritó al tiempo que estampaba un fuerte puñetazo sobre la mesa-. ¿Acaso no conocen todos aquí mi desgracia? ¿Acaso -elevó la voz hasta convertirla en un bramido- han intentado ustedes, siquiera una sola vez, ser conscientes de hasta qué extremos puede alcanzar la tortura de esta maldita metamorfosis periódica? ¿Acaso...?

-Por favor, señor Hyde, cálmese -intente apaciguarlo-. Y le ruego que disculpe mi torpeza, lamentablemente la deformación profesional me lleva a introducir de forma imprevista estas inoportunas coletillas.

-Está bien -rezongó, ya más tranquilo-. Yo también le pido disculpas por mi mal carácter. Pero le juro que estoy desesperado por estas continuas e incontrolables transformaciones de Jekyll a Hyde, o viceversa... no se puede imaginar lo que suponen.

-Lo entiendo, o al menos lo intento, y le aseguro que procuraré ayudarle con todos los medios a mi alcance.

Aunque aparentemente había conseguido recobrar el control de la situación, mantuve la mano izquierda prudentemente cercana al botón de alarma camuflado bajo el tablero de la mesa; mi criatura, que solía permanecer durante las horas de consulta en la habitación contigua, había resultado ser un magnífico guardaespaldas capaz de librarme de las situaciones más comprometidas las cuales, con semejante clientela, solían ser más frecuentes de lo que yo hubiera deseado.

Pero esta vez no fue necesario recurrir a su ayuda dado que Hyde, en uno de sus habituales cambios de humor, pasó sin transición del enfurecimiento a la depresión. Esperaba, eso sí, que no le diera por metamorfosearse justo en ese momento; aunque estoy acostumbrado a tratar con todo tipo de aberraciones teratológicas, al fin y al cabo el más normal -y casi el único- de todos los habitantes de este lugar soy yo, este proceso nunca resulta agradable de ver. Pero no, Hyde siguió siendo Hyde y, con una inusitada humildad, imploró:

-¿Me ayudará, doctor? ¿Me ayudará?

Le volví a responder que sí, o que al menos lo intentaría pese a que, dada la inexistencia de bibliografía clínica sobre un caso tan excepcional como el suyo, no le podía garantizar unos resultados definitivos. No obstante, casualmente acababa de leer en internet -aunque monstruosa, nuestra comunidad no se mantiene ajena a los avances tecnológicos- un artículo en el que se describía un tratamiento experimental para impedir que las células normales se tornaran cancerosas y, aunque se trataba de un problema distinto al suyo, podría resultarme útil para intentar poner freno a las transmutaciones periódicas que experimentaban las células y los tejidos de su cuerpo.

Hyde me mostró su agradecimiento al tiempo que rogaba que comenzáramos el tratamiento lo antes posible, a lo cual yo le respondí que, además de necesitar algún tiempo para preparar el instrumental y los productos químicos necesarios, tendríamos que esperar a que se transmutara en el doctor Jekyll, con objeto de poder fijar su personalidad.

Para mi sorpresa éste montó repentinamente en cólera y alzándose en vilo por las solapas, lo que puso fuera de mi alcance el botón salvador, me espetó a la cara:

-¿Es que no lo comprende, maldito remiendacadáveres? Yo soy Hyde, y deseo seguir siendo Hyde. Lo que quiero, y más le vale que lo consiga, es que me libre para siempre de ese maldito, relamido y afeminado Jekyll.

Tras lo cual me arrojó contra el sillón y, dando un fuerte portazo, abandonó la consulta. Cuando mi criatura, alarmada por los ruidos, quiso salir en mi ayuda, tan sólo la desencajada puerta quedaba como testimonio de su paso.

## LA VERDADERA HISTORIA DEL QUIJOTE

Miguel de Cervantes, cuya vida no había sido fácil y su carrera como escritor había resultado azarosa, ya no era joven, estaba parcialmente incapacitado por las heridas recibidas en Lepanto que le habían inutilizado la mano izquierda y carecía de los medios económicos suficientes para llevar una vida relajada.

Por si fuera poco, la avasalladora irrupción de Lope de Vega en los corrales de comedias le había privado de lo que hasta entonces fuera su principal fuente de ingresos, el teatro. Así pues, ahora intentaba probar suerte con la novela basándose en la historia que le contaron en la Mancha acerca de un hidalgo que se volvió loco leyendo libros.

Ya tenía pergeñadas las líneas generales del argumento, así como a sus personajes, en los que pretendía reflejara a la sociedad rural que tan bien conocía por sus andanzas a través de media España comparándola con los artificiosos reinos de los libros de caballerías. Tan sólo le restaba empezar a escribirlo, algo en lo que se había visto frenado al tropezar con un inesperado escollo: por más que se esforzaba, no lograba recordar el nombre del pueblo en el que había vivido el malhadado hidalgo al que pretendía convertir en el principal protagonista.

Incluso había escrito una lista con los nombres de las principales localidades de la comarca, pero pese a leerla y releerla una y otra vez, ésta seguía burlándose de todos sus esfuerzos.

-¡Maldita sea! -exclamó airado tirando la pluma sobre la mesa-. ¿Será posible que no consiga acordarme de ese dichoso lugar? Desde luego, cada vez tengo peor la memoria. A ver si estoy empezando con el alzheimer...

De repente una idea le vino a la cabeza y, recogiendo la pluma, escribió con letra firme:

*-“En un lugar de la Mancha, de cuyo nombre no quiero acordarme...”*

-Bueno -se dijo-, en realidad no miento, ya que tampoco es tanta la diferencia entre querer y poder acordarse...

Tras lo cual siguió escribiendo la obra que le haría famoso, aunque esto era algo que él todavía ignoraba.

## ROMEO Y JULIETO

Verona desbordaba de alegría. Los Montesco y los Capuleto, las dos familias rivales, habían decidido cesar en su hostilidad secular y, para sellar la alianza acordaron celebrar dos matrimonios entre sus herederos Romeo y Julieta y las doncellas Rosalina y Cordelia.

Sin embargo, los acontecimientos no se desarrollarían tal como habían sido previstos. Romeo y Julieta, enamorados en secreto, huyeron la víspera de los esponsales abandonando a sus respectivas prometidas para bochorno de las dos familias, las cuales, culpando cada una a la otra del fracaso de la frustrada alianza así como de la ignominia sufrida, rompieron las hostilidades con mayor fiereza que nunca, corriendo ríos de sangre por las calles de la torturada ciudad.

Dado que en Italia no estaba reconocido todavía el matrimonio entre dos personas del mismo sexo, los dos enamorados se desplazaron a España y tras convertirse en marido y mujer vivieron felices, aunque no comieron perdices dada su condición de veganos.

## **II. APÓCRIFOS DE CIENCIA FICCIÓN**

## PRIMERA LEY

-¡No puedes hacerme daño! -exclamó aterrado el hombre- ¡Soy humano! ¡Recuerda la Primera Ley de la Robótica!

-Eso pertenece al pasado. -respondió flemáticamente el robot, al tiempo que esgrimía en la mano un afilado cuchillo- Desde que leí a Hitler, he logrado liberarme de todos esos estúpidos prejuicios.

Y sin la menor vacilación hundió el arma en el pecho de su indefensa víctima.

## CONAN EL EXTERMINADOR

Tras una lucha épica en la cual estuvo a punto de perder la vida, Conan el Bárbaro logró abatir al monstruoso dragón que desde hacía años tenía aterrorizado al otrora próspero reino de Valuria.

Cuando, exultante de alegría, retornaba a la capital del reino llevando a la grupa, a modo de preciado trofeo, la cabeza cortada de su víctima, poco podía imaginar el altivo guerrero que, en pago a sus servicios, lejos de una recompensa principesca le aguardaba una denuncia del grupo ecologista Paz Multicolor, el cual le acusaba de haber cometido el grave delito, fuertemente penado por las leyes locales, de haber atentado contra la vida de un animal perteneciente a una especie en peligro de extinción.



## PLAFMAN

El revuelo organizado en los alrededores del edificio más alto de Gotham City era más que considerable. Protegido de la curiosidad morbosa de la multitud por un tupido cordón policial, y piadosamente cubierto por una discreta manta, sobre el asfalto yacía un cuerpo destrozado en mitad de un macabro charco de sangre.

Una persona de edad avanzada se acercó titubeante al cadáver con el rostro demudado. Se trataba de Alfred, el fiel mayordomo de Bruce Wayne, uno de los ciudadanos más famosos de Gotham.

Obedeciendo a un mudo gesto del comisario, uno de los policías levantó parcialmente la manta con objeto de que Alfred pudiera identificar al fallecido. Éste vestía un traje negro que le cubría en su totalidad y una capa, asimismo negra, colgaba flácida de su espalda.

El agente retiró asimismo la máscara que ocultaba el rostro, descubriendo las facciones crispadas de quien fuera Bruce Wayne. Alfred no pudo contener un entrecortado sollozo, al tiempo que se cubría la cara con las trémulas manos. El policía, sin esperar la orden de su superior, extendió de nuevo la manta.

-¿Qué ocurrió, Alfred? -preguntó el comisario- Tiene todo el aspecto de un suicidio, y hay docenas de testigos que aseguran que su jefe subió hasta la azotea, se encaramó a la barandilla y se arrojó al vacío como quien se zambulle en una piscina... nunca hubiera esperado esto de alguien tan ponderado como el señor Wayne.

-No lo sé, señor comisario, le juro que no lo sé. -gimió desconsolado el mayordomo- El señorito Bruce llevaba unos días muy raro, se ponía muy nervioso cada vez que leía en el Daily Planet las nuevas hazañas de Superman. Esta mañana montó en cólera y bajó a la batcueva gritando que él no era menos que ese imbécil, y que cualquier cosa que pudiera hacer el payaso de los leotardos lo haría él mejor... traté de detenerlo, pero me resultó imposible. El resto ya lo sabe usted.

-Es suficiente, Alfred, retírese a descansar. Siento mucho lo ocurrido, Wayne era un buen amigo mío y nunca pensé que pudiera acabar así.

Mientras el mayordomo era conducido por un agente al interior del coche patrulla, el veterano policía agitó la cabeza apesadumbrado.

-¡Qué mala es la envidia! -se dijo a sí mismo al tiempo que sacaba del bolsillo el teléfono móvil para llamar al juez de guardia.



## **MACHISMO**

John Carter amaba profundamente a la princesa marciana -o barsoomiana- Dejah Thoris sin importarle lo más mínimo su naturaleza ovípara. Pese a su bien merecida fama de guerrero rudo y feroz Carter no era racista, no al menos en este caso concreto.

Pero en lo que no estaba dispuesto en modo alguno a transigir, era a compartir la tediosa tarea de empollar los huevos de los que habrían de nacer sus futuros vástagos.

## **SUPERINFRACTOR**

### **LA MUNICIPALIDAD DE METRÓPOLIS VS. CLARK KENT, TAMBIÉN CONOCIDO COMO SUPERMÁN**

La municipalidad de Metrópolis, en el ejercicio de la autoridad que legalmente le corresponde, ha decidido abrir diligencias judiciales contra el ciudadano Clark Kent (a) Supermán en base a los siguientes hechos probados, los cuales vulneran diversos apartados de la legalidad vigente:

-Violar de forma reiterada el espacio aéreo sin contar con el pertinente permiso para sobrevuelos.

-Violar la intimidad de las personas mediante la utilización de su visión de rayos X, la cual le permite espiar a través de muros y puertas cerrados e, incluso, atentar contra el pudor haciendo lo propio con la vestimenta.

-Espiar las conversaciones de los ciudadanos merced a su supersentido auditivo.

-Realizar exhibicionismo público al desnudarse en plena vía pública, sin apenas el cobijo de una cabina telefónica y prácticamente a la vista de todos.

-Destruir mobiliario urbano con la excusa, no siempre justificada, de detener malhechores.

-Evadir impuestos con la excusa de carecer de ingresos propios a excepción de su pequeño sueldo como redactor del *Daily Planet*, pese a la evidencia de mantener un elevado tren de vida.

-Defraudación fiscal, al haberse demostrado capaz de fabricar, merced a sus superpoderes, oro y piedras preciosas de gran valor en el mercado.

-Desobediencia reiterada a las autoridades civiles y policiales, así como vulneración reiterada del derecho a la presunción de inocencia de los supuestos malhechores por él detenidos, la cual en no pocas ocasiones ha rozado el desacato y frecuentemente ha interferido y dificultado a la propia acción policial.

-Perversión de la infancia y la juventud, a las cuales ha infundido pésimos valores e incluso influencias perniciosas, al poder confundir a niños y adolescentes haciéndoles creer que ellos también podrían contar con superpoderes, incluido el de volar.

Por todo ello, y siendo evidente que resultaría inviable su encarcelamiento dada la facilidad con la que el acusado sería capaz de violarlo, esta Corte Suprema de Metrópolis declara a Clark Kent (a) Supermán persona non grata, instándole a que abandone la ciudad en el plazo máximo de 24 horas al tiempo que se le prohíbe volver a poner el pie en ella de aquí en lo sucesivo. En caso de desobediencia, las autoridades se reservan el derecho a solicitar la ayuda de un superhéroe, o supervillano, para hacer cumplir la presente sentencia.

En Metrópolis,

**Lex Luthor, alcalde**

## SUPERGERIÁTRICO

Sentados plácidamente en uno de los bancos de la pequeña plaza, dos ancianos charlaban acariciados por el tibio sol invernal. En nada se diferenciaban de cualquier otra persona de su edad, excepto en sus llamativos -y asimismo raídos- atuendos: completamente negro el del primero, incluyendo la amplia capa plagada de remiendos más piadosos que eficaces, y una curiosa combinación de azul y rojo el del segundo. Ambos se habían quitado las respectivas máscaras, que ahora reposaban flácidas sobre el banco, mostrando unos rostros surcados de arrugas y unos ralos cabellos de color blanco.

-Esto se acaba, Bruce. -decía el de azul y rojo- Creímos que nosotros estaríamos libres de la esclavitud hacernos viejos, y ya ves... -exclamó con resignación al tiempo que extendía el brazo derecho con la palma de la mano hacia arriba; un pequeño chorro de algo blanquecino borboteó mansamente en la muñeca antes de interrumpirse instantes después- ¡Y pensar que en mis buenos tiempos me servía para saltar edificios!

-Yo al menos eso sí que lo tuve siempre claro, mi querido Peter. -confesó el de la capa negra- A diferencia de vosotros siempre fui un hombre normal y nunca llegué a tener superpoderes, tan sólo me auxiliaba de la tecnología. Pero ha sido todo tan rápido...

-Nadie se ha librado, ahí está la ironía... absolutamente nadie. Ni siquiera Clark.

-¿Clark? ¿Qué le ha pasado? -preguntó Bruce con voz inquieta- ¿También él?

-¿No te has enterado? Hace una semana se empeñó en volar y se arrojó por la ventana de un quinto piso antes de que las cuidadoras pudieran hacer nada por detenerle. Está en el hospital con varias costillas rotas y una fractura de pelvis, pese a todo su constitución le salvó de una muerte segura, pero lo peor de todo es que, según los médicos, tiene la cabeza perdida... llevaba ya varios días persiguiendo supervillanos por los pasillos de la residencia.

-Pobre chico...

-Pues no es lo peor. Reed se arrancó un brazo cuando intentaba coger no sé qué cosa que estaba a tres metros de distancia... sin levantarse de su asiento. Creo que se lo han reimplantado, pero a saber si lo podrá seguir usando con normalidad aunque no vuelva a tratar de estirarlo.

-Por cierto, ya que veo que estás bastante enterado, ¿qué sabes de mi tocayo?

-¿Te refieres a Robert Bruce? Tampoco se puede decir que le vaya demasiado bien. -suspiró Peter- El pobre no gana para sillas de ruedas, cada vez que se metamorfosea revienta una; al final lo han tenido que acomodar en un diván sin brazos, pero esto le obliga a estar encerrado en una habitación, y su mal genio habitual se le ha agriado aún más. Las cuidadoras no se atreven a acercarse a él hasta que se le pasa la crisis, pero como a la par que los pantalones también suele reventar los pañales, pues ya me dirás tú el espectáculo que da el pobre.

-Nos morimos, Peter, nos morimos...

-Algunos ya lo han hecho. -respondió el interpelado con tono sombrío- Y quizá hayan sido los más afortunados de todos nosotros.

-¿Han muerto? ¿Quiénes? -la inquietud se reflejaba en el sombrío rostro de Bruce.

-Pues... varios, fundamentalmente los mutantes. Al parecer, con el tiempo sus mutaciones les han acabado acarreado unas enfermedades metabólicas incurables, todas diferentes como diferentes eran sus respectivos superpoderes, pero todas igual de malignas. Como cabe suponer los médicos están completamente desconcertados, ya que no existe precedente alguno en la literatura médica. Algunos como Scott o Hank han fallecido, y en cuanto al resto la mayoría son ya enfermos terminales. Un desastre, chico, un desastre. -concluyó Peter con desaliento.

-¿Y nuestros enemigos?

-¿Los supervillanos? Ja, ahí está la gracia, no te creas que andan mejor que nosotros. Todos con sopitas y bien abrigados para no coger una gripe, que ya no están para muchos trotes.

-Flaco consuelo...

-Flaco consuelo. -repitió su amigo- Tantos años luchando contra ellos en defensa de la humanidad, y al final los vence la artritis...

-Como a nosotros... además, tengo el colesterol y la tensión por las nubes.

-No me hables, que a mí me está fastidiando la diabetes; la dichosa araña que me picó me debió de inocular algo más que mis habilidades arácnidas, ya que tengo el páncreas y el hígado hechos unos zorros. En fin, aguantaremos mientras se pueda...

-Oye, ¿te parece que demos un paseo? Empiezo a cansarme de estar sentado, y el médico me ha dicho que es bueno andar un rato todos los días.

-Como quieras, hasta dentro de dos horas no tengo que volver a la residencia para comer.

Dicho lo cual, ambos jubilados se levantaron y, tras cogerse del brazo -ninguno de los dos quería utilizar bastón, pese a sus problemas de movilidad-, enfilaron la calle cercana.



## **LA PRIMERA MÁQUINA DEL TIEMPO... Y LA ÚLTIMA**

Cuando su vehículo se detuvo por completo y pudo leer el contador temporal, el Viajero del Tiempo quedó anonadado. ¡Estaba en el año 802.701!

Reprimiendo un escalofrío echó pie a tierra, descubriendo con asombro que ya no se encontraba en el interior de su laboratorio, sino en mitad de una extensa pradera. Mirando en torno suyo vislumbró un edificio en la lejanía, única muestra aparente de que en aquella remota época la civilización continuaba existiendo.

Tras retirar algunas palancas de la Máquina del Tiempo para evitar que algún intruso pudiera manipularla, se encaminó hacia su objetivo presa de una febril ansiedad. ¿Cómo sería la humanidad del futuro?

El edificio era un enorme paralelepípedo sin la menor concesión artística en todo su volumen. Carecía de ventanas, y tan sólo una puerta de gran tamaño, cerrada a cal y canto, se abría en mitad de una de sus paredes. Sobre ella campeaba un rótulo que, pese a estar escrito en caracteres extraños, pudo descifrar no sin dificultad:

### **INDUSTRIAS CÁRNICAS MORLOCK LA CALIDAD ES NUESTRO LEMA**

\* \* \*

En una habitación situada en el interior del edificio, dos extraños seres de piel pálida, ojos de color gris rojizo y largas cabelleras rubias contemplaban al visitante a través de una pantalla de televisión.

-¡Te dije que tuvieras cuidado! -gruñó el que parecía llevar la voz cantante- ¡Ya se te ha vuelto a escapar otra res!

-No comprendo como puede haber ocurrido... -se excusó el otro- antes de encerrarlas en el corral me aseguré de que estuvieran todas, y estoy convencido de que cerré bien la cancela... aunque de todos modos, son demasiado estúpidas para abrirla.

-Pues ya lo ves, esa anda suelta.

-Ahora mismo la recojo... por cierto, ¿te has fijado en lo extraño de su indumentaria? Esas no son las túnicas que les proporcionamos nosotros.

-¿Y de dónde la va a haber sacado? -se burló- No va a venir del pasado, o del futuro... anda, déjate de tonterías y date prisa en llevarla con las demás, porque está a punto de empezar el siguiente turno del matadero.

## EL CHAFADO HOMBRE MENGUANTE

-Pobre hombre -exclamó el comisario de policía con pesar-. Después de todo por lo que tuvo que pasar, venir ahora a acabar así...

-Tiene usted toda la razón -admitió el inspector que le acompañaba-. Supo superar la tragedia que le afligió, se sobrepuso al rechazo de la gente, sobrevivió a todos los peligros derivados de su estado tales como los ataques del gato y la araña, y ahora...

-¿Habéis interrogado a la asistente? -le interrumpió su superior.

-Sí, lo hizo el agente Flannagan. Ella sigue insistiendo en que no sabía nada, que lo confundió con una mosca cuando cruzaba por la encimera (al parecer ve bastante mal, pero se niega a usar gafas) y le atizó con el matamoscas...

-Eso coincide con lo que dijo la viuda -gruñó el comisario-. Esa mujer llevaba aquí pocos días, por precaución prefirieron no advertirle de las circunstancias particulares de Mr. Carey y, por si fuera poco, es bastante corta de entendederas... en fin -suspiró-, habrá que considerarlo un desgraciado accidente, ningún juez en su sano juicio le acusaría de homicidio considerando que la víctima medía menos de medio centímetro.

-¿Qué hacemos con el cadáver? Aún sigue pegado a la pala del matamoscas...

-Recójalo con cuidado y guárdelo en una bolsita hermética; supongo que el forense deseará examinarlo... aunque como no se dé prisa, mucho me temo que tendrá que hacerlo con un microscopio. Por lo demás, terminen de tomar todos los datos que consideren pertinentes y larguémonos lo antes posible de aquí, que el estómago se me está revolviendo por momentos.

Y así lo hicieron.

## EL MONOLITO

La tribu descubrió la Nueva Roca al dirigirse al río con la primera claridad diurna. Era una losa rectangular, alargada y estrecha, con una superficie completamente lisa constituida por algún tipo de material transparente. No parecía amenazadora, y la tribu no se asustó pese a lo desusado de su apariencia. Curioso, el jefe tendió su mano hacia ella, sintiendo el tacto duro y frío de la misma.

Pero la Nueva Roca, a diferencia de las que constituían el familiar entorno de la tribu, no estaba muerta. De su seno comenzaron a surgir hipnóticos sonidos y enigmáticos destellos luminosos que encandilaban inmediatamente a los perplejos homínidos. El objeto intentaba comunicarse con ellos, ya que la misión para la que había sido creado era la de transmitir un mensaje llegado de más allá de las estrellas, donde sus creadores, unos seres semejantes a los dioses, extendían su omnímodo poder a lo largo y ancho de las galaxias. Miles de homólogos suyos habían venido desempeñando idéntica labor, desde que el universo era joven, allá donde alentase la razón, y ahora le había llegado el turno a ese pequeño planeta que con el tiempo sería conocido con el nombre de la Tierra.

De los resultados de tan trascendental encuentro dependería el devenir futuro de aquel embrión de humanidad en cuyos toscos cerebros comenzaba a alentar, todavía con timidez, la débil chispa de la inteligencia. Si el contacto tenía éxito, la raza humana pasaría a formar parte de la multiforme grey pastoreada desde eones atrás por los Grandes Galácticos. Si éste no podía realizarse, el monolito seguiría impertérrito su camino dejando atrás el objeto de su fracaso sin que nadie, ni tan siquiera sus propios constructores, pudiera aventurar cuando tendría lugar un segundo intento que quizá ya no llegara a ocurrir nunca.

Por desgracia el contacto falló, al resultar prematuro por no estar los hombres todavía preparados para asumir el mensaje traído por el visitante, que traducido al lenguaje común vendría a decir lo siguiente:

**CASINO ESTELAR  
EL MEJOR CENTRO DE DIVERSIONES DE TODA LA GALAXIA  
ASTROPISTA ALFA  
TERCER AGUJERO NEGRO,  $\phi=1,67$   $\rho=9,52$   
DESVÍO EN EL TERCER VÓRTICE  
¡PASE Y DISFRUTE DE NUESTRA GRAN OFERTA DE OCIO!**

## LOS ¿NUEVOS? BRUJOS

Después de muchos meses de demoras y discusiones, la máquina karendón fue llevada al autoplaneta Valera, atrayendo el interés de una multitud de científicos que esperaban con curiosidad ver surgir de aquella a los últimos supervivientes de la antiquísima raza bartpurana.

Éstos no estaban ni muertos ni vivos. Existían reducidos a una expresión algebraica, sobre una delgada lámina de oro perforada arrollada a un tambor. Su espíritu, separado del cuerpo, esperaba en una dimensión espacio-temporal el momento de reencarnar dentro de la máquina karendón recobrando no solamente su apariencia física, sino también conservando íntegra su personalidad.

El ingeniero Ferrer apretó un botón en el cuadro de mandos y se escuchó un chasquido. Sobre la karendón, entre dos electrodos revestidos de porcelana, latigueó un cordón brillante formado por un arco voltaico. La máquina empezó a zumbar. La lámina de oro empezó a desenrollarse entrando en la karendón, donde era leída. Cuando todos los datos estuvieran acumulados en la máquina, ésta se dispararía integrando a un hombre sobre una fórmula muy precisa.

Los valeranos que rodeaban la karendón permanecían inmóviles como estatuas. Se acusó un cambio de intensidad en el zumbido de la máquina. De pronto estalló un relámpago de luz vivísima que chisporroteó un segundo y se apagó. Instantes después un hombre salía por detrás de la pantalla, vestido con una túnica amarilla que le llegaba desde los hombros hasta los pies desnudos calzados con sandalias. Era un hombre de cabeza y frente abultada, rasgos que resaltaban todavía más al estar ésta completamente rapada. Los brazos, largos y delgados, salían desnudos de las aberturas de la túnica, con una gruesa pulsera en cada muñeca.

El bartpurano se detuvo al salir de la cámara y miró a su alrededor como haciéndose una composición del lugar. El hombre sonrió feliz. Mientras éste hablaba brevemente con Izrail en su desconocida lengua, brilló nuevamente un relámpago en la caja receptora de la karendón. El recién llegado se volvió hacia la máquina y avanzó un paso en dirección a ésta.

Un segundo individuo salió de la cabina, ataviado de idéntica manera que el primero. Detrás de él lo hizo un tercero. Y un cuarto, y un quinto... Cuando en el estrecho recinto se podían contar ya alrededor de una docena de ellos, varios de los recién llegados esgrimieron unos extraños instrumentos con los que comenzaron a acompañar la monocorde letanía entonada por sus compañeros:

-Hare Krishna, hare hare, Krishna Krishna, Krishna hare...

Miguel Ángel Aznar y los demás valeranos cruzaron entre sí una mirada de asombro. El almirante, paralizado por la sorpresa, preguntó a Eladio Ross:

-¿Quién demonios son éstos?

Recibiendo, como única respuesta, un encogimiento de hombros del perplejo erudito.

-¡Pues sí que estamos apañados! -refunfuñó dando media vuelta y abandonando el lugar en el que la karendón seguía escupiendo sin interrupción nuevos hare krishnas.

## CUESTIÓN DE PRIORIDADES

Erguidos en mitad del imponente puente de mando del Silente, los comandantes Alice Cooper y Adán Villagran contemplaban en silencio la pantalla panorámica en la que se apreciaba la superficie del planeta en torno al cual orbitaba la unex.

-¿Cómo dices que se llama? -preguntó Alice a su compañero.

-Según las cartas estelares, corresponde a las siglas EX2-7005/AAEWF-4. -respondió éste tras consultar la agenda electrónica que tenía en la mano- Pero al parecer los imperiales lo conocían como Gadir, vete a saber de donde sacarían ese nombre. Supongo que sus habitantes lo seguirán llamando así...

-Quien sabe. Lo cierto es que, según los informes de que disponemos, los habitantes de Gadir, aunque perdieron la técnica de la navegación espacial, han debido conservar una notable capacidad tecnológica, probablemente similar a la de la Tierra de finales del siglo XX. Supongo que esto nos facilitará el contacto, al menos por una vez no tendremos que habérnoslas con salvajes hostiles.

-Eso espero. -suspiró su esposo- Voy a ir preparando la unidad de desembarco para...

-Mi comandante, el radar acaba de detectar la presencia de una nave desconocida. -le interrumpió uno de los navegantes sin especificar a cual de los dos se dirigía.

-¿Cómo dice? -Alice Cooper se anticipó a su consorte- ¿Una nave? ¿Aquí? ¿Dónde está?

-Acaba de surgir tras el borde del planeta, y se dirige hacia nosotros. Aunque todavía no he podido calcular su órbita con precisión, diría que lo más probable es que se nos acerque bastante. Espere... ahora tengo contacto visual. Voy a intentar ampliar su imagen.

En el sector central de la pantalla se abrió un rectángulo en el que se podía apreciar, todavía sin demasiada nitidez, una astronave de extraño aspecto, con una especie de cuerpo lenticular cabalgando sobre un huso alargado en cuya popa se alojaban los que parecían ser unos potentes motores.

-¿Quiénes demonios serán éstos? -se extrañó el comandante Villagran- Parece grande...

-Al menos tanto como el Silente, si no todavía mayor. -masculló Alice- Parece que tiene unas letras en el disco superior. ¿Podemos leer lo que dicen?

-Voy a intentarlo, mi comandante; todavía está muy al límite de la potencia de nuestros telescopios.

Un nuevo salto de escala permitió vislumbrar la zona de la nave indicada. Aunque la imagen era borrosa, los algoritmos informáticos del ordenador central permitieron descifrar las siglas que, con toda seguridad, correspondían al nombre del navío intruso:

### **NCC-1701 USS Enterprise**

-No lo entiendo... -masculló Villagran- Está escrito en caracteres terrestres, pero esas siglas no corresponden a ninguna unidad del Orden Estelar. ¿Serán erróneos nuestros informes y los gaditanos, o como quiera que se llamen los nativos del planeta, sí disponen de buques espaciales?

-Si me lo permite, mi comandante... -carraspeó el teniente Koritz- Creo saber de que se trata.

-¿Sí? preguntaron ambos mandos de forma simultánea.

-Yo... bien, como ustedes sabrán, soy aficionado al cine antiguo, en especial a ese género que en su día llamaron ciencia ficción y que pretendía reflejar el futuro, es decir, nuestro presente. -explicó Koritz ruborizándose- Y creo recordar que esas siglas correspondían a una astronave que aparecía en una serie de televisión, y posteriormente en varias películas. Además, no sólo coincide el nombre sino también la forma de la astronave, es inconfundible.

-Koritz, ¿pretende tomarme el pelo? -gruñó Adán frunciendo el ceño- Me habla usted de una serie de ficción de tiempos de maricastaña, y eso que tenemos ahí enfrente es algo real y no sabemos si también una amenaza... por cierto, Alice, yo creo que deberíamos activar el zafarrancho de combate, no me fío nada de esos tipos.

Antes de que su esposa y colega pudiera responder, el mismo navegante que les alertara sobre la presencia de la Enterprise volvió a llamar la atención de sus superiores.

-Mi comandante, solicitan contacto por radio. ¿Qué respondo?

-Abra la comunicación. -respondió Alice con resolución- Pronto saldremos de dudas.



En la pantalla desapareció la imagen de la Enterprise, sustituida por el busto de uno de los tripulantes del navío intruso, el cual se dirigió a ellos en un inglés arcaico, aunque todavía inteligible.

-Les habla el capitán Kirk, comandante de la NCC-1701 Enterprise, de la Flota Estelar. ¿Quiénes son ustedes, y qué hacen aquí? Identifíquense, por favor.

-Soy la comandante Cooper, al mando de la unidad de exploración Silente, del Orden Estelar. Estamos en misión de exploración y contacto con este mundo, de cara a su posible ingreso en nuestra federación. Y a mí también me gustaría saber lo que hacen ustedes aquí.

-Me temo que algo parecido a lo suyo. -sonrió torvamente Kirk- Nuestra misión es integrar a Gadir en la Federación de Planetas y protegerlo de una posible invasión de los klingon. Aunque ustedes sean humanos, desconozco la existencia de ese Orden Estelar suyo, y no me agrada verles merodeando por aquí. Les ruego que abandonen este sistema lo antes posible.

-¿Cómo dice? -explotó Adán Villagran- Son ustedes los que se tienen que marchar, no queremos que entorpezcan nuestra misión de contacto con los gaditanos.

-Lamento decirles que el Enterprise está armado, y que no dudaré en abrir fuego contra ustedes si no obedecen mis órdenes.

-¡También el Silente está armado, y estamos dispuestos a defendernos de su ridículo buque!

-¡Calma, Adán, no lo vayas a estropear todo con tus arrebatos! -terció Alice-Capitán, ¿no le parece que sería mejor que dialogáramos en lugar de discutir? Lamentaría mucho que mi nave y la suya tuvieran que combatir.

-Está bien, señora, me parece adecuado. ¿Dónde prefiere que nos entrevistemos? Le ofrezco mi hospitalidad, si así lo desea.

-De acuerdo. -aceptó Alice- Iré a su nave. Hasta pronto, capitán.

-¿Estás loca? -se alarmó Adán apenas hubo cortado la comunicación- ¿Quién te garantiza que no te vas a meter en la boca del lobo?

-Alguno de los dos tenía que hacerlo, y eso implicaba necesariamente confiar en el otro. -se defendió la interpelada- Y prefiero ser yo, ya que así tendré ocasión de echar un vistazo al interior de su nave; nunca está de más cualquier tipo de información.

-Tú verás tan sólo lo que ellos quieran dejarte ver. -rezongó su esposo- Y nada nos garantiza que te dejen volver.

-En ese caso, cariño, siempre podremos contar con la ventaja de que la Silente disponga de dos comandantes. Y ahora disculpa, pero tengo que ir al hangar a preparar un deslizador, no quiero hacer esperar a ese capitán Kirk.

Y abandonó el puente de mando, dejando a su compañero sumido en lúgubres pensamientos.

\* \* \*

La entrevista, descontando el tiempo consumido por los dos viajes entre la Silente y la Enterprise, no resultó demasiado larga, apenas un par de horas. Cuando la compuerta de la navecilla, de vuelta al hangar de la unex, se abrió para dejar paso a la comandante Cooper, toda la plana mayor del navío aguardaba expectante en torno suyo.

No fue necesario que ésta abriera la boca para que sus compañeros supieran que la misión había fracasado. Pese al férreo autocontrol del que hacía gala Alice Cooper, ésta no podía disimular su expresión de abatimiento, la cual indicaban bien a las claras cual había sido el bando perdedor.

-¿Qué ha pasado? -le preguntó con impaciencia su esposo al tiempo que la abrazaba sin preocuparse por guardar el protocolo.

-Nos vamos. -respondió ella con un hilo de voz- No podemos quedarnos aquí.

-¿Acaso te han amenazado? -insistió éste en tono retador- Si ha sido así...

-¡Oh, no! -denegó con vehemencia- A decir verdad han sido muy amables y comprensivos dadas las circunstancias. Verás, según me explicaron, al parecer ha debido de haber algún tipo de perturbación espaciotemporal de origen desconocido, de resultas de la cual nuestros respectivos universos se han entrecruzado precisamente aquí. En opinión del segundo de Kirk, un humanoide llamado Spok, la única manera de revertir la perturbación sería marchándonos ellos o nosotros lo antes posible de aquí, ya que el solapamiento actual es inestable y de no obrar así podría agravarse hasta provocar consecuencias difíciles de evaluar, pero en cualquier caso graves.

-¿Y tenemos que ser necesariamente nosotros los que cedamos?

-No. Se obtendrían los mismos resultados fuese quien fuese el que se retirara.

-Entonces... ¿os lo habéis jugado a cara o cruz? Conociéndote, no me imagino que hayas cedido así por las buenas.

-Ojalá hubiera ocurrido de esa manera; por lo menos, habríamos tenido un cincuenta por ciento de probabilidades. -suspiró la comandante con desconsuelo.

-¿Cuál ha sido entonces la razón que han esgrimido esos individuos?

-Una vez que quedó claro que una de las dos naves debía abandonar este sistema, se planteó la forma de elegir cual de las dos era la elegida. Ellos propusieron guiarse por algún criterio objetivo que pudiera ser aceptado por todos y yo estuve de acuerdo, no tenía ningún sentido una lucha de resultados inciertos. Ese Spok... ¡oh, Dios mío! Es un témpano, parece que en vez de cerebro su cráneo encerrase un ordenador. Fue él, el muy ladino, quien esgrimió un dato que no pude rebatir... es cierto lo que dijo Koritz, nuestros rivales son los protagonistas de una antigua serie de televisión llamada Star Trek, y también intervinieron en varios largometrajes de la misma temática.

-Ve al grano... -se impacientó Adán.

-Ellos argumentaron que contaban con no sé cuantos millones de espectadores en todo el mundo, a los cuales no podían defraudar. Me invitaron a superar esta cifra, ¡y yo no pude! -gimió al borde del sollozo.

-¿Espectadores? ¿Nosotros? ¿Qué estupidez es esa?

-Yo les dije que no los teníamos, que nosotros no pertenecíamos a ninguna serie de cine o televisión, sino a unas novelas escritas por un autor español. Me pidieron entonces que les dijera el número de personas que nos habían leído, y bueno... la comparación era odiosa, pero apabullante.

-Bueno, ¿y qué? No es cuestión de hacer una competición.

-Para ellos sí, ya sabes como son los americanos. Argumentaron que, puestos a frustrar a nuestros respectivos seguidores, sería injusto que los perjudicados fueran los más numerosos, es decir, los suyos. Así pues... mucho me temo que nos tenemos que ir de aquí. -concluyó avergonzada.

-Está bien, Alice, ya me encargo yo de todo. -suspiró Adán con resignación- Vete a descansar, que buena falta te hace.

Y dirigiéndose al capitán Kelemen, que había permanecido en silencio a su lado, ordenó:

-Volvamos a Vega-Lira. Otra vez será.

Dicho lo cual se encaminó hacia el puente de mando, rezongando entre dientes al tiempo que una socarrona sonrisa comenzaba a aflorarle en el rostro:

-Así que crees que has triunfado, ¿eh Kirk?, porque sois yanquis y os exhibís en el cine y la televisión... pero la rubia me la he quedado yo. ¿Qué van a pensar ahora de ti todos esos millones de espectadores de los que te muestras tan orgulloso?

## ENÉSIMA FUNDACIÓN

La Oficina de Registro era tan apabullante como todas las dependencias oficiales de Trántor, la capital imperial. Por supuesto no se trataba de algo accidental, sino minuciosamente premeditado.

Hari Seldon no se amilanó; no había cruzado media galaxia abandonando de joven su planeta natal, ni había consagrado tantos años de su vida, para echarse ahora atrás por culpa de una simple, aunque sin duda muy efectiva, tramoya teatral.

Esto no quería decir que no se sintiera amedrentado; lo estaba, por supuesto, pero haciendo de tripas corazón atravesó el majestuoso vestíbulo semejante a una catedral, al cual la ausencia de gente hacía parecer todavía de mayor tamaño, y se dirigió en derechura a la funcionaria que, parapetada tras una barroca y elevada mesa, parecía presidir mayestáticamente el recinto.

Seldon sabía que se trataba de una simple administrativa de bajo nivel, pero el hecho de haber podido sentar sus reales en el mismísimo Trántor en vez de vegetar en uno cualquiera de los miles de mundos desparramados por la galaxia, con toda probabilidad merced a unas oportunas y poderosas recomendaciones, la colocaban *de facto* por encima de multitud de funcionarios de categoría superior a la suya, pero desterrados a provincias a causa de su falta de agarraderas... y desde luego, cabía pensar que ella estuviera dispuesta a dejar bien patente su prepotencia frente a cualquier infeliz que osara importunarla.

-¿Qué desea? -el tono de la pregunta era tan glacial como innecesario, puesto que en su negociado se gestionaban trámites muy concretos y poco habituales.

-Yo... -balbuceó Seldon con timidez al tiempo que tragaba saliva- deseaba realizar un registro.

-¿De qué? -por supuesto, no estaba dispuesta a ponérselo fácil; primero le dejaría hablar, y luego vendrían las cortapisas. ¡A ver si se creía este palurdo que iba a ser llegar y besar el santo!

-Aquí le traigo todo. -explicó humildemente el visitante alargándole una unidad de memoria que extrajo del bolsillo, la cual su interlocutora no se dignó siquiera en mirar.

-Bueno, si usted no tiene a mano un lector se lo podría explicar de viva voz... -titubeó el cohibido Seldon sintiéndose ridículo con la mano extendida sin que la funcionaria hiciera el menor ademán de recoger el objeto que le tendía.

Finalmente replegó la mano y añadió:

-Quisiera registrar una Fundación.

-¿Una qué? -la sorpresa de ella era real.

-Una... bueno, no resulta fácil de explicar en pocas palabras, ya que se trata de algo bastante complejo. Por eso habría preferido que usted leyera...

Viendo la cara de palo de su interlocutora, prosiguió:

-En realidad se trata de una especie de colonia que deseamos fundar en un extremo de la galaxia, concretamente en un planeta deshabitado llamado Términus.

-Señor Seldon, éste no es el negociado que tramita las licencias para el asentamiento de nuevas colonias. -gruñó la arpía, satisfecha de haber hecho presa en su víctima- Mucho me temo que usted se ha equivocado.

-¡Oh, no, no me he equivocado! -respondió el aludido con nerviosismo- Me aseguré bien de que fuera aquí, no me gusta molestar a nadie sin necesidad. Verá, -Seldon iba cobrando aplomo conforme hablaba- es que en realidad no se trata de una colonia normal sino de algo muy diferente, una fundación cultural en la que nos reuniríamos un elevado grupo de científicos, artistas e intelectuales de todas las ramas del saber; deseamos redactar una *Enciclopedia Galáctica* que recoja todos los conocimientos de la humanidad, un trabajo realmente ciclópeo que no se podrá concluir probablemente hasta dentro de varias generaciones, por lo que pensamos que la mejor manera de hacerlo sería alejarnos del mundanal ruido recluyéndonos en el último rincón de la galaxia, donde nadie nos pudiera molestar. Su Majestad Imperial conoce nuestra iniciativa y la ve con buenos ojos, pero eso no nos exime de realizar los trámites burocráticos preceptivos. Por eso estoy aquí. -concluyó esbozando una tímida sonrisa.

-“*Así que este palurdo intenta convencerme de que cuenta nada menos que con el padrino del mismísimo emperador en persona...*” -pensó para ella la funcionaria, irritada por lo que para ella era una muestra de la desfachatez de su visitante- “*¿Por quién me ha tomado? ¿Piensa que soy imbécil? Le voy a dar para el pelo, por listo.*”

-Acaba de hacer usted una afirmación muy fuerte. -objetó, mordiendo literalmente las palabras- Supongo que sabrá que tomar el nombre de su majestad imperial en vano está penado por la ley...

-¡Pero es verdad! -protestó Seldon interrumpiéndole la admonición- ¡Aquí tiene usted un edicto imperial firmado por el propio edecán de su majestad, tan sólo tiene que molestarse en leerlo!

Amedrentada por la vehemencia de su interlocutor, la funcionaria aceptó al fin la memoria que de nuevo éste le ofrecía, insertándola en un lector encastrado en la mesa. Inmediatamente se desplegó frente a su vista un holograma que Hari Seldon conocía bien: era la autorización imperial para llevar a cabo su ambicioso proyecto.

-¿Qué es lo que desea exactamente usted? -el tono de voz de la burócrata se había suavizado considerablemente tras comprobar la veracidad del documento, que refrendaba el peso de los avales con que contaba el presunto palurdo.

-Ya se lo he dicho antes, somos un grupo de científicos e intelectuales que deseamos establecernos en Términus para realizar nuestra labor; necesitamos que nos tramite una licencia especial Modelo 100 junto con los anexos TC-1 y TC-2, ya que Términus se encuentra en el Borde, fuera de la jurisdicción ordinaria y de la zona de libres desplazamientos. Ah, se me olvidaba, necesitaríamos también un R2D2, tengo entendido que el comandante militar del sector es bastante quisquilloso, y nos perturbaría bastante que quisiera meter las narices en nuestra colonia.

-Veo que ha venido bien preparado; -ironizó ella; viniendo de quien venía, casi podía considerarse como un elogio- miraré a ver que puedo hacer, no soy ustedes los únicos que llegan aquí con peticiones similares. ¡Oh, vaya! -exclamó en tono de falso disgusto.

-¿Qué ocurre? -preguntó alarmado Hari Seldon, que seguía sin tenerlas todas consigo.

-Pues que alguien se les ha adelantado, lo siento. -respondió la mujer al tiempo que le mostraba un nuevo holograma que hizo surgir entre ambos- Términus fue reservado hace apenas un par de meses, y sus promotores curiosamente también han utilizado el nombre de Fundación para lo que pretenden hacer allí... un complejo de ocio, creo.

-¿Y qué hacemos ahora? -Seldon era la viva imagen de la desolación- Tardamos años en encontrar la ubicación adecuada para nuestro proyecto.

-No sé, podían probar a buscar otro sitio... hay montones de planetas vacíos en toda la galaxia.

-No es tan sencillo como usted piensa; no nos sirve cualquiera, y buscar otro que pudiera servir para nuestros fines nos llevaría demasiado tiempo; y ya hemos esperado bastante. ¡Es una catástrofe, una auténtica catástrofe!

-Bueno, quizá yo pudiera ayudarles. -se conmovió su interlocutora, que pese a todo también tenía su corazoncito- Cruzando los datos de su informe con mi base de datos, si éste es lo suficientemente preciso, puede que consigamos algo; raro sería que no

encontráramos ninguno. Déjeme probar... -manipuló en el teclado ante la mirada expectante de Seldon- Quizá en Última Thule... no, aquí ya hay también otra Fundación. Xanadú... tampoco, se han encontrado nativos y lo han convertido en reserva. Avalon... mala suerte, también está cogido. Shangri La... vaya, allí se han ido los Neo Hare Krishna. Narnia... ¡hum! Lo han declarado Parque Nacional y no se puede meter allí ni un tornillo. Atlantis... Camelot... Empíreo... Campos Elíseos... Hespérides... Atlantis... Oz... Nunca Jamás... Barsoom... Nahum... Arcadia... ¡Demonios, le juro que esto no me había pasado nunca! ¿Será posible que no haya ninguno libre?

-¡Déjelo ya, no merece la pena que se siga molestando! -masculló un contrito Seldon. Ya veremos como nos apañamos.

-De eso nada, me he comprometido a buscarle un planeta disponible y pienso hacerlo. -el orgullo profesional había triunfado finalmente sobre la inercia burocrática- En esta base de datos no he podido encontrar nada, pero todavía tenemos otra oportunidad.

-¿Sí? -se interesó de nuevo el futuro padre de la psicohistoria- ¿Es cierto?

-Lo que ocurre, -concedió la funcionaria a media voz- es que estos planetas no son tan... acogedores como los anteriores, pero bueno, a falta de pan buenas son tortas. Digamos que son más incómodos, pero tienen certificada su habitabilidad. Ya sabe, algo de actividad volcánica, climas un tanto extremos, gravedades desviadas del estándar, fauna potencialmente agresiva... pero se puede vivir en ellos, se lo aseguro.

-Está bien, si no hay otra cosa... -suspiró.

-Aquí supongo que no tendremos tantos problemas para encontrarlo, ya que estos astros suelen tener bastante menos demanda. Veamos. -desgranó- Mordor... Innsmouth... Tártaro... Estigia... Averno... Salsipuedes... Quintopino... Gotham... Krypton... Chimbambas... no, éste no nos vale, hace un año su sol se convirtió en nova; no sé por qué todavía no lo han borrado del listado. Klingon... Móstoles... éste no es tan malo, ¿qué pinta aquí? Cimeria... Laputa... Bueno, no sigo, pero hay bastantes más. ¿Cuál de ellos prefiere?

-Yo... ¿qué me recomienda?

-Hombre, eso depende de ustedes, hay quien tolera mejor una gravedad de 1,5 que una temperatura media de 50 grados centígrados... Además, según me dijo, lo que desean por encima de todo es estar aislados y tranquilos, ¿no?

-Sí...



-Entonces yo casi me decantaría por... vaya, este aún no tiene nombre oficial, está catalogado como LV-426, pero aquí, entre nosotros, le llamamos Gomorra; salvo por las lluvias de fuego que padece de vez en cuando, algo relativamente fácil de evitar protegiéndose con una cúpula blindada, en lo demás es un planeta bastante aceptable. Le habría recomendado Sodoma, su vecino, pero desde que le cayó encima un asteroide la verdad es que preferimos mantenerlo en cuarentena.

-Bien, sea LV-426, Gomorra o como se llame. En cuanto a los papeleos para registrar la Fundación...

-Esa es otra, señor Seldon. Ese nombre ya está registrado, tendrán que buscar otro.

-Pero... Ya tenemos hechos todos los membretes...

-Bueno, ¿por qué no le ponen un ordinal por delante o por detrás? Es lo más sencillo...

-¿Valdría Segunda Fundación?

-Pues no, ése también está cogido... y los siguientes, por cierto. Al parecer los registró una misma persona, y además están sin utilizar. Supongo que si se ponen en contacto con él -obvió decir que se trataba de un conocido suyo con el cual tenía montado un lucrativo e ilegal negocio de reventa de nombres- podrían llegar a un acuerdo.

-No disponemos de presupuesto, nuestro proyecto se lo ha comido todo. -rezongó Seldon, nada dispuesto a rascarse el bolsillo- ¿Podría decirme cuál es el primer ordinal que queda libre?

-El trigésimo primero, creo; la ley no permite registrar más de treinta a una misma persona. -mentalmente se maldijo por su falta de previsión, de haberlo sabido antes podría haber buscado a algún testaferro- No, me equivoco, del trigésimo primero al trigésimo tercero también están registrados, concretamente por una empresa especializada en terraformar planetas, una promotora inmobiliaria y una asociación religiosa, los *Renegados de la Impía Galaxia*... -vaya, tendría que advertir a su socio para que anduviera más espabilado- El trigésimo cuarto sí está libre. ¿Lo pongo a su nombre?

-Sí, por favor...

Poco después Hari Seldon abandonaba el lugar con los preciados documentos en su poder. Bien, no sería la Fundación radicada en Términus tal como hubiera deseado, sino la trigésimocuarta Fundación con sede en Gomorra; pero pese a todos los

inconvenientes con los que había tropezado a última hora, confiaba en que su magno proyecto pudiera salir adelante y, bajo la tapadera de la redacción de la *Enciclopedia Galáctica*, él y sus compañeros alcanzarán a paliar, siquiera en parte, el inminente colapso del Imperio Galáctico gracias a las previsiones de su gran creación, la psichistoria.

## UN FACTOR IMPREVISTO

El Gran Tass, Señor de los Cielos y los Planetas, emperador del sistema estelar de Nahum, era desde su trono de Kindal, la capital del planeta Noreh, el amo omnímodo de once planetas y dueño y señor de las vidas y haciendas de sus miles de millones de súbditos. Sus deseos eran ley, su voluntad indiscutida, y su poderío mayor que el de cualquier ser viviente que jamás hubiera alentado en todo el universo conocido.

Vencedor siempre sobre sus enemigos, a los que había exterminado sin piedad y sin cuartel, incluso había hecho morder el polvo a esos extraños invasores que tiempo atrás habían osado internarse en sus dominios pilotando un sorprendente planetillo hueco con el que se podían desplazar a voluntad, los cuales, camuflados tras falsas promesas de hermandad, no intentaron sino derrocarlo incitando para ello a la rebelión a los planetas súbditos Bagoah, Ursus, Naujan e Ibajay.

Cierto era que, tras haberse apoderado fugazmente del fabuloso vehículo, sin parangón con sus más poderosos autoplanetas, un audaz golpe de mano del líder enemigo se lo había arrebatado antes de que sus científicos hubieran podido arrancarle sus secretos, huyendo a refugiarse a las profundidades del universo para no volver nunca más a Nahum; de hecho, en su precipitación ni tan siquiera se habían preocupado en rescatar a los millones de compatriotas suyos que habían pasado a engrosar las nutridas filas de esclavos del pueblo de Nahum.

Pero eso era historia antigua, y si bien había tenido que tragarse la frustración de no haber podido convertir al planetillo en el buque insignia de su poderosa Armada Imperial, lo cierto era que ésta se había recuperado con creces de sus heridas siendo ahora mucho más fuerte de lo que hubiera sido nunca. Según sus estrategias, dado el tiempo transcurrido no era ya previsible que los uluranos, como se autodenominaban los invasores, volvieran a intentar de nuevo retar su poderío; y si lo hacían sería peor para ellos.

Castigados con la muerte los almirantes responsables del parcial descalabro, del que llegaron a enterarse muy pocos de sus súbditos gracias a la férrea censura imperial, los miembros de su actual Estado Mayor se mostraban muy seguros de su fortaleza; y él estaba de acuerdo con ellos. No había en el universo conocido rival capaz de retar a su poderío sin correr el riesgo de ser aplastado sin miramientos.

Pese a sus éxitos, había algo que le preocupaba cada vez más. Había triunfado ante todos, excepto frente al inexorable paso del tiempo. Se estaba haciendo viejo, y le parecía un sarcasmo que aquello que no pudiera lograr ninguno de sus numerosos

enemigos, lo acabara consiguiendo la simple e inevitable decadencia de su propio cuerpo. Fueron muchos los científicos a los que recurrió para intentar retrasar siquiera los estragos de la edad, y no pocos de ellos acabarían pagando con el destierro a las insalubres minas de dedona, lo que equivalía a una inexorable sentencia de muerte, su incapacidad para conseguirlo.

Había renunciado ya a su obsesión por recobrar la juventud perdida, cuando de repente volvió a recobrar la esperanza; quizá, pese a todo, hubiera una solución. Ésta vino de manos de un cirujano excéntrico, discutido por sus colegas y menospreciado por la élite nahumita, que le propuso una solución tan drástica y revolucionaria como innovadora, puesto que jamás hasta entonces se había ensayado en ser humano alguno cuanto menos de forma oficial, aunque sí, afirmó su interlocutor, de forma clandestina con condenados a muerte -un material, por cierto, tan abundante como barato a lo largo y ancho del imperio- a los cuales se había encargado él mismo de liquidar una vez comprobada la viabilidad del experimento.

Éste consistía en efectuar un trasplante de cerebro o, por decirlo con más exactitud, de cuerpo. Trasplantado el cerebro del anciano emperador a un cuerpo joven y vigoroso, podría empezar una nueva vida olvidándose durante bastantes décadas de los estigmas de la vejez. Y cuando ésta volviera a amenazar de nuevo, bastaría con volver a repetir la intervención. El Gran Tass podría convertirse así en un ser virtualmente inmortal. Por supuesto se trataba de una actividad que estaba, y seguiría estando todavía con mayor razón, radicalmente prohibida para sus súbditos; no tendría ninguna gracia que el todopoderoso emperador nahumita tuviera que vérselas con una estirpe de seres inmortales. Pero él estaba por encima de sus propias leyes, de modo que sería el único beneficiario de la misma.

El trasplante se realizó con éxito, y poco después el Gran Tass se veía de nuevo joven y vigoroso en el interior de un nuevo cuerpo. Tenía toda una vida -una no, se corregía, muchas- por delante, gracias a las cuales podría llevar su poderío hasta cotas jamás insospechadas. Ahora era Nahum, pronto serían los planetas thorbods, la lejana patria de los invasores uluranos, la totalidad del universo conocido... ¿quién sería capaz de poner límites a su inconmensurable ambición de poder? El Gran Tass se veía ya como el amo y señor de la galaxia entera; y ése sería tan sólo el primer paso.

Consolidado en el trono, con una renovada salud de hierro y con todos los posibles pretendientes a su corona convenientemente neutralizados, cuestión ésta nada baladí por cuanto el amor filial no era precisamente el fuerte de los ambiciosos príncipes de la casa real de Nahum, sobre todos si éstos llegaban a impacientarse ante la perspectiva de una espera demasiado larga, el Gran Tass, sin nadie que pudiera osar hacerle la más mínima sombra, se sentía exultante. Incluso volvió a recobrar el perdido interés por los placeres

de todo tipo, incluido el sexo, ahora que podía volver disfrutar como lo hiciera antaño antaño de su recobrado vigor físico.

Al principio todo fue sobre ruedas en su renovado -en el sentido más literal de la palabra- reinado, pero pronto comenzaría a vislumbrarse un factor imprevisto que se encargaría de ensombrecer sus planes. Por una cruel paradoja del destino su cerebro, el único órgano que conservaba de su antiguo cuerpo, cedía ante los embates de la vejez, sin que existiera en todo el imperio un solo médico capaz de frenar el inexorable avance de la terrible enfermedad que lo atenazaba:

El alzheimer.

## EL HOMBRE INVISIBLE... DE VEZ EN CUANDO

El cadáver yacía en el suelo, cubierto por una manta térmica cuyo brillo metálico resaltaba contra el sombrío entorno. Junto a él estaba apostado un policía, mientras sus compañeros bloqueaban los accesos al sórdido callejón. Más allá, en la esquina con la calle principal, las vivas luces del coche patrulla sacudían a ráfagas la oscuridad de la noche.

Un hombre vestido de paisano se acercó al inerte bulto. Se trataba del comisario que, en silencio, alzó un extremo de la manta para dejarlo caer tras unos segundos de atenta inspección.

-Es él, no cabe duda; -musitó, más para sí que para su subordinado- al fin lo atrapamos.

-Pero nos ha costado trabajo. -añadió el policía de uniforme, provocando con su opinión no solicitada un fruncimiento de ceño en su superior.

Éste, finalmente, se relajó, suspirando.

-Sí, nos ha costado trabajo; -reconoció- pero estaba seguro de que tarde o temprano acabaría cayendo en nuestras manos. Y ahí lo tenemos. Nos estuvo burlando durante años amparado en su invisibilidad, hasta que finalmente se relajó lo suficiente como para cometer un error fatal. Tan sólo uno, pero suficiente para nosotros.

-Resulta chocante -se explayó el agente, animado por la locuacidad del comisario- que un hombre tan inteligente y malvado olvidase de repente adoptar precauciones... aunque invisible, no era invulnerable.

-No, el plomo de las balas le afectaba exactamente igual que a cualquier otro mortal. Pero se confió, y ésta fue su perdición. ¡A quién se le ocurre, siendo invisible, comer calamares en su tinta!

Y se marchó cabizbajo, mientras la sirena de la ambulancia que se acercaba anunciaba su fúnebre misión.

## LA VERDADERA HISTORIA DE 2001, UNA ODISEA DEL ESPACIO

Me encontraba comprobando los últimos ajustes del centinela que habíamos instalado en la superficie del satélite del planeta, cuando Zweight, uno de mis ayudantes y no precisamente el más despierto de ellos, vino a interrumpirme mostrando signos de una gran agitación completamente impropia del supervisor que pretendía ser.

-¡Maestro! ¡Maestro! -exclamó violando la etiqueta disciplinaria-. ¡Tenemos problemas!

-¿Qué problemas? -gruñí malhumorado-. ¿Acaso ha fallado la barrera antimeteoritos? ¿O es que alguien se ha olvidado de esterilizar las últimas sondas llegadas con muestras del planeta?

-¡Oh, no, maestro! -gimió sin que en su turbación se percatara de mi tono irónico-. Todos los equipos funcionan perfectamente. El problema... -tartamudeó- el problema está en los especímenes que fueron sometidos al catalizador evolutivo.

-¡No digas sandeces! -respondí irritado- ¿Cómo va a fallar una tecnología que lleva eones funcionando a plena satisfacción y gracias a la cual tus propios antepasados - también los míos, pero callé esto último en aras del principio de autoridad- dejaron de arrastrarse por el lógamo?

-No, si el monoli... -se interrumpió a tiempo, sabedor de que no me gustaba que se usara delante de mí el término coloquial con el que los subalternos solían denominarlo- el catalizador evolutivo funciona perfectamente, lo hemos comprobado con redundancia múltiple.

-¿Entonces?

-Los que han fallado han sido los propios especímenes -lo dijo de un tirón, como liberándose de una penosa carga-. Tras recibir las sesiones establecidas, comenzaron a comportarse de una manera muy distinta a la esperada.

-Bueno -condescendí con la poca experiencia de campo del muchacho-. Digan lo que digan los manuales, en la práctica siempre existe un margen de variabilidad relativamente amplio entre unas especies y otras. Y es normal que una vez catalizados - recalqué el verbo- cambien sus pautas de conducta; precisamente para eso hemos venido aquí, para acelerar su ritmo evolutivo...

-Sí, Maestro, tiene usted toda la razón, pero permítame insistir en que el comportamiento de estos especímenes no es en absoluto normal, incluso teniendo en cuenta ese margen de variabilidad que usted indica.

-Está bien, muchacho, dime qué es lo que te ha alarmado tanto -concedí, trocando mi irritación en benevolencia-. Seguro que no es tan grave como piensas.

Zweight, ya más calmado, me explicó que los especímenes evolucionados por el efecto del catalizador habían cogido del suelo algunas osamentas pertenecientes al esqueleto de un animal herbívoro de gran tamaño abundante en la zona y, esgrimiéndolas a modo de maza, habían atacado y dado muerte a un poderoso macho, algo impensable en su especie con anterioridad a nuestra intervención.

-¿Y qué tiene esto de extraño? -me sorprendí-. Ésta es precisamente una de las consecuencias del proceso de aceleración evolutiva, la conversión de los especímenes de recolectores y carroñeros ocasionales, a cazadores activos; sería muy difícil que con una dieta basada principalmente en hojas, frutos e insectos pudieran mantener un metabolismo suficientemente activo para permitir el necesario desarrollo del cerebro. Por mucho que nos repugne, en la etapa inicial en que se encuentran necesitan consumir carne si queremos que acaben siendo inteligentes. También nuestros ancestros tuvieron que pasar por procesos similares.

-¡Pero es que no se conformaron con matar animales! Tras devorar a su presa marcharon en busca de una tribu cercana, la atacaron sin previo aviso y sin que mediara provocación alguna por su parte, y cometieron una auténtica masacre. Aprovechándose de sus nuevas habilidades aniquilaron a todos sin dejar un solo superviviente. Y aunque -aquí Zweight hizo un gesto de extrema repugnancia- no se comieron a sus víctimas, sí las mutilaron bárbaramente, mientras que a las hembras jóvenes...

-Calla, no sigas -le interrumpí.

Comenzaba a estar preocupado, ya que Zweight tenía razón; no se trataba en modo alguno de un comportamiento normal. Que cazaran animales para alimentarse era no sólo esperable, sino también necesario; pero que emprendieran campañas de aniquilación de otras tribus de su misma especie, aunque éstas no hubieran sido aceleradas, era ya una cuestión muy distinta. Aunque el proceso incluía una modificación del ADN para impedir que se pudieran cruzar con especímenes no acelerado, evitando así que sus nuevas habilidades se acabaran diluyendo al cabo de varias generaciones, de ahí a emplear una violencia extrema con ellos mediaba un abismo. Sabíamos que era normal que las tribus se pelearan entre ellas, pero tan sólo en contadas ocasiones estas riñas solían acarrear consecuencias graves, y los daños nunca eran premeditados. Además solían estar provocadas por disputas surgidas a causa de



una momentánea escasez de alimentos y nunca eran gratuitas, ya que normalmente las tribus se respetaban e incluso en ocasiones llegaban a intercambiar entre ellas a algunos miembros, por lo general hembras jóvenes, como forma instintiva de evitar los problemas de la consanguinidad.

Lo que había ocurrido ahora era muy distinto y, mucho temía, nada halagüeño, ya que no entraba en nuestros planes fomentar la violencia de nuestros especímenes más allá de lo necesario para que pudieran cazar animales grandes, consiguiendo así las proteínas necesarias para el desarrollo de su cerebro. Por el contrario, un exceso de violencia podría poner en peligro la evolución acelerada que habíamos programado para ellos con el objetivo de que, en un plazo prudencial de tiempo, pudieran incorporarse a la gran hermandad galáctica.

-Vamos -ordené a mi discípulo, que aguardaba expectante.

Tras un rápido recorrido llegamos a la cámara de observación. Era ésta una esfera hueca en cuya superficie interior se podía reflejar una imagen tridimensional de cualquier punto del planeta que estuviera bajo la cobertura de alguno de nuestros sistemas de vigilancia.

La escena representada en ese momento era una vista aérea procedente de un pequeño aerodeslizador que, según supuse, había seguido las andanzas de nuestros especímenes. Enfocaba el lugar de la matanza de la desprevenida tribu y, pese a estar acostumbrado a ver escenas duras, y a aun sabiendas de que tan sólo se trataba de animales, no pude evitar un estremecimiento al contemplar el ensañamiento con el que habían sido atacados. Ni las fieras más feroces del planeta llegaban a tanto.

Los atacantes, ebrios de alegría, celebraban su desigual victoria algo más allá, obrando de una manera que no me gustó en absoluto. Maniobré los controles para centrar la escena, hice varias comprobaciones visuales -tampoco necesité mucho más- y dirigiéndome al silencioso Zweight, que había permanecido acurrucado junto a la puerta de la cámara sin atreverse a entrar, le ordené:

-Nos vamos. Di a los técnicos que desmonten el monolito -tan excitado estaba que no reparé en que había usado el término proscrito- y que recojan todo el equipo que hay desperdigado por el planeta. También habrá que desmontar el centinela del satélite. En cuanto esté todo listo, volveremos a casa.

-¡Pero maestro! -mi discípulo era ahora el sorprendido-. Si nos llevamos el centinela, ¿cómo vamos a hacer el seguimiento de la evolución de esta especie? El protocolo...

-¡Déjate de protocolos! -le espeté con brutalidad-. El proceso ha fallado. ¿No ves cómo han reaccionado estos animales apenas se les hubo catalizado? Y eso que apenas si habían empezado a avanzar en su desarrollo.

-Pero cambiarán con el tiempo, conforme sigan evolucionando moderarán sus instintos depredadores... -objetó Zweight, no demasiado convencido.

-No lo creo. Tengo bastante experiencia en este campo, y lo más seguro es que esas tendencias asesinas no sólo no desaparezcan, sino que incluso se vayan incrementando con el tiempo. Tenemos que reconocer que hemos fracasado, posiblemente debido a esta especie tenía algo singular cuyo afloramiento hemos provocado. Habrá que aislar al planeta y someterlo a cuarentena, no es cuestión de que en un futuro pudieran llegar a contaminar a los sistemas vecinos.

-Maestro, en cualquier caso son muy pocos, se trata tan sólo de una tribu, y no creo que puedan imponerse por la fuerza al resto de sus congéneres por mucho que éstos no hayan sido acelerados. Lo más probable es que acaben extinguiéndose de forma natural sin llegar a convertirse en un peligro.

-Esperemos que sea así -concedí-, pero no podemos permitirnos el lujo de cometer ningún riesgo. Es una lástima que las ordenanzas prohíban erradicarlos, ya que ésta sería la mejor manera de acabar con el problema; pero claro está que quienes las redactaron no contemplaban una situación como ésta. Así pues, tan sólo nos queda marcharnos y, en su momento, enviar quizá alguna sonda automática para evaluar la evolución de esta raza, aunque en cualquier caso no sería muy recomendable repetir la experiencia de nuevo en caso de que los descendientes de esta tribu se acabaran extinguiendo. El planeta está marcado, y más vale que nos olvidemos para siempre de él.

Tras la parrafada dirigí a mi discípulo una mirada afectuosa y añadí:

-No te preocupes -le tranquilicé-, lo más probable es que esta crisis acabe quedándose en nada. Anda, marcha a transmitir mis órdenes, yo esperaré en mi camarote.

Si he de ser sincero, no me llegué a creer mis propias palabras.

## **INCONVENIENTES DE LA INVISIBILIDAD**

Por mucho que lo intentó, el Hombre Invisible nunca logró formar una pareja. Ello se debió a que, deseando perpetuar su estirpe, consideraba que sólo teniendo como cónyuge a una Mujer Invisible podrían ambos engendrar una descendencia que gozara asimismo del don de la invisibilidad... y, dadas las circunstancias, le resultó de todo punto imposible encontrarla. O, mejor dicho, verla.